

BOLSILIBROS
BRUGUERA

**CIENCIA
FICCION**

SERIE
la conquista
DEL ESPACIO

EL ASTEROIDE MALDITO

glenn parrish

CIENCIA FICCION



ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 37.979 - 1974

Impreso en España - Printed in Spain

1ª. edición: noviembre, 1974

© Glenn Parrish - 1974

texto

© Salvador Fabá - 1974

Cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

**Todos los personajes y
entidades privadas que
aparecen en esta novela, así
como las situaciones de la
misma, son fruto
exclusivamente de la**

**imaginación del autor, por
lo que cualquier semejanza
con personajes, entidades o
hechos pasados o actuales,
será simple coincidencia.**

**Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona – 1974**

CAPÍTULO PRIMERO

La mujer arqueó sus finas cejas, en un gesto de indudable sorpresa, al ver una cara conocida entre las de las personas que acababan de desembarcar en el satélite artificial. Minerva Lygman —cuerpo escultórico, ojos negros y cabellera verdosa, vestida con un lujoso traje de hilos de oro, adornado con miles de lentejuelas, que no eran sino diminutos diamantes, avanzó impulsivamente hacia el recién llegado.

—Me asombras, Blaise Holt —dijo, a la vez que le tendía la mano, en la que había dos costosos anillos, uno de los cuales tenía un brillante tan gordo como el pulgar.

—¿Por qué, hermosa? —sonrió el hombre—. ¿Has creído alguna vez que era de hielo? A veces, también hay algo de fuego en mí, por lo menos, lo suficiente para buscar un poco de distracción en tu casa.

—Tú nunca te distraes, siempre andas a la caza y captura de criminales. Por tus venas no corre sangre humana, sino sangre de mastín.

Holt rió suavemente.

—¡Qué mal me quieres, Minerva! —dijo.

—Me costó mucho olvidar que el hombre con quien me iba a casar, echó a correr detrás de un criminal, diez minutos antes de la ceremonia. El mastín y su presa aparecieron año y medio más tarde. Yo ya me había hartado de esperar —contestó ella.

—No sola, por cierto.

Minerva hizo una mueca.

—Quizá es que no tengo vocación de mujer que aguarda a su hombre, cuidando del fuego en el hogar —contestó—. ¿A quién persigues ahora, Blaise?

—A nadie. Por mucho que te sorprendas, he dejado la Spol. Minerva arqueó las cejas por segunda vez.

—A los treinta y ocho...

—Quita dos, por favor —rió Holt—. No lo hice

verdaderamente por mi gusto, pero tampoco me he llevado una rabieta. Además, tengo ya años para un modesto retiro. Empecé a los dieciocho...

—Sí, ya lo sé. ¿Qué te ha pasado?

—Soy un donjuán incorregible. Me encontré con una hermosa mujer y no pude resistir la aventura. Pero sólo le pregunté el nombre, no el apellido.

—Y estaba casada.

—Con el S.D. de la Spol.

Minerva lanzó una carcajada.

—Divertidísimo—comentó—. "¡Oh, venganza, qué dulce eres, aunque otro la ejecute por mí. Pero eres venganza!"

—Eso es de *Némesis*, la última obra de teatro del último e indigesto autor alemán. Nunca he podido soportar a esos autores, ni mucho menos a sus epígonos.

—Blaise, no me dirás que has venido aquí para sostener una conversación intelectual.

—Tienes razón, preciosa —contestó él—. He venido a jugar me unos cuantos billetes.

—Tienes sitio de sobra. Y te deseo la mejor de las suertes.

—Gracias, preciosa. ¿Te he dicho que estás más bella que nunca? Y el vestido, ¿cuántos diamantes lleva?

—Diez mil, contados uno a uno, cada uno de los cuales pesa una décima de quilate.

—Lo que significa que llevas encima doscientos gramos de brillantes. No está mal, es un vestido sumamente valioso y poco pesado.

Minerva entornó los párpados maliciosamente.

—No necesito llevar más —dijo.

—Evidentemente, no. Con tu permiso, Minerva.

Holt se alejó. Ella hizo una seña con la mano, mientras contemplaba las anchas espaldas del hombre que, vestido con discreción, pero elegantemente al mismo tiempo, se encaminaba a una de las salas de juego.

Un sujeto se acercó a la mujer.

—Señora —murmuró.

—Macey, ahí va el capitán Holt, de la Spol. Vigílalo.

—Sí, señora.

Minerva quedó todavía un instante en el mismo sitio. Melancólicamente, se preguntó si su vida no habría sufrido un cambio total, de haberse convertido en la señora Holt. Pero Blaise había sido siempre un enamorado de su profesión y ella, lo reconocía íntimamente, no era de la clase de mujeres capaz de aguardar pacientemente la vuelta del esposo en el hogar..., como la otra.

* * *

El satélite era, en realidad, una casa de juego en el espacio. Dotado de gravedad artificial, los clientes, muchos de los cuales subían en sus cohetes particulares, no notaban los perniciosos efectos de un suelo ingrátido, en cuyo ambiente, además, no se habrían podido manejar la ruleta, las cartas o los dados. Era como un inmenso cilindro, de unos doscientos metros de diámetro, por cincuenta de alto, en cuya parte inferior estaban las esclusas de acceso, la central de energía y la sala de comunicaciones y control.

A treinta y seis mil kilómetros de distancia, el satélite giraba a la par de la Tierra. Ello era conveniente, debido a que muchos clientes subían en sus cohetes privados de un modo directo y, de otra forma, habrían tenido graves complicaciones al equiparar órbitas, cosa que la velocidad constante del satélite evitaba.

Había varios pisos o cubiertas, con salas de juego, bares, restaurantes y otras dependencias. Dos de los pisos eran reservados donde los clientes podían retirarse a tomar una copa con su acompañante sin ser molestados.

Los precios eran exorbitantes, pero era de buen tono jugar unos neodólares y beber un trago en el satélite. Holt lo sabía.

También sabía algunas cosas más de su dueña y la organización que ella dirigía para la buena marcha del negocio. Minerva tenía fama de honrada, pero quizá algunos de sus subordinados no podían ostentar decentemente tal calificativo.

Pero eso importaba muy poco a Holt en aquellos instantes.

Su atención estaba centrada en otra persona que, accidentalmente, se había convertido en un cliente del satélite.

De pronto, la vio.

Era una chica altísima. Holt no había visto nunca una mujer que midiese un metro ochenta y cinco, con tacones planos. A pesar de ello, no aparecía larga y desgarbada. Cada parte de su cuerpo aparecía correctamente en su sitio, y las curvas de su cuerpo, suavemente femeninas, le conferían un atractivo especial.

El pelo era rojo muy oscuro, casi negro, deliberadamente corto, porque Cleo Varga conocía la belleza de su garganta de cisne. El vestido de la muchacha era negro por completo, cerrado de cuello y hasta el suelo, pero sin mangas.

La joven tenía dinero en abundancia, pero, al mismo tiempo, una suerte pésima. En pocos minutos, Holt la vio perder mil quinientos neodólares. Estaba nerviosa, lo que se reflejaba en la palidez de su rostro y el continuo morderse los labios.

Holt la observó discretamente durante algunos segundos. De pronto, oyó la voz de Minerva:

—No creo que hayas dejado la Spol, Blaise.

Holt se volvió.

—¿Por qué lo dices?

—Estás observando a una de tus presas. ¿Tal vez la chica del traje negro?

—Sólo me distraía...

Una hermosa joven, cargada con una bandeja llena de copas, se acercó a la pareja. Minerva le dio las gracias, a la vez que tomaba dos copas. El vestido de la camarera consistía en tres minúsculos pedacitos de tejido de oro.

—Tienes unas camareras muy guapas. No te arruinarás. Minerva —dijo él.

—Vamos, vamos, no bromees; demasiado sabes que pago unos sueldos principescos...

—No, si lo decía por el uniforme. Lo pagas tú, pero con la cantidad de tela que lleva cada uno, compensas de sobra el sueldo que les das a las chicas.

Ella rió cortésmente. Tomó un sorbo de su copa, la dejó en una mesa cercana y, tras dirigir al joven una rápida mirada, se alejó.

Holt volvió la vista hacia la mesa. Entonces se dio cuenta de que Cleo Varga había desaparecido.

Estaría en los lavabos, supuso. De pronto, notó que le ponían una mano en el brazo.

Volvió la cabeza. Una hermosa mujer, de frondosa cabellera rubia y cuerpo generosamente contorneado, le miraba sonriente.

—Te invito a una partida de dados... privada —dijo ella.

—¿Qué nos jugamos?

—Yo, si ganas tú.

—¿Y si pierdo?

—Habré ganado cien neodólares. ¿Hace?

Holt dudó un instante. No era una camarera; llevaba vestido largo, aunque abierto por un costado, pero, en la parte del talle, tenía aún menos tela que la del uniforme de las camareras.

—De acuerdo —decidió—. Me llamo Blaise.

—Gaby —dijo ella. Agitó la mano, vino una camarera y le pidió un billete y unos dados. Cuando la chica trajo lo pedido, le solicitó un número de reservado.

—Suban a la cuarta cubierta. La azafata les indicará el número —contestó la camarera.

Gaby se colgó del brazo de Holt.

—¿Vamos?

—Encantado.

Holt se dijo que podía permitirse un rato de distracción. A fin de cuentas, Cleo Varga había subido en su cohete privado y acababa de llegar. Tardaría en abandonar el satélite.

Una escalera mecánica les llevó a la cuarta cubierta. La azafata señaló una puerta.

—Número veintisiete —dijo, con voz no menos mecánica que la escalera.

—¿Eres un robot? —preguntó Holt.

—Estás acompañado. De otro modo, tendrías mi respuesta

—contestó la chica maliciosamente.

Holt se echó a reír. Gaby dijo:

—Prefiero que no lo averigües, Blaise.

Momentos después, llegaban ante la puerta señalada. Holt abrió. Gaby entró, haciendo saltar el cubilete en sus manos.

Holt apreció de una ojeada la decoración de la estancia, de bastante amplitud. Una mesa, un par de butacas, un gran diván y un par de cuadros. Al fondo, se divisaba una lucerna de sólido vidrio, de más de un metro de diámetro, que permitía contemplar un fascinante panorama de la Tierra flotando en el espacio.

El instinto profesional le hizo recelar. De pronto, creyó ver en la base de la lucerna algo que no era lógico estuviera allí.

Metió la mano en el bolsillo. Más valía estar prevenido, se dijo, mientras ingería la píldora.

Gaby se volvió hacia él.

—Vamos, entra —sonrió.

La puerta se cerró de golpe. En el mismo instante, se produjo una sorda explosión.

El cristal voló en mil pedazos y el aire de la habitación escapó instantáneamente al espacio.

CAPÍTULO II

Los timbres de alarma sonaron instantáneamente en el interior del satélite. En algún lugar se había producido una repentina descompresión. El equipo de socorro corrió a investigar. En el centro de control, una lamparita roja indicaba el punto donde se había producido la repentina pérdida de presión.

Un altavoz emitió consignas, destinadas a tranquilizar a los clientes. La avería estaba localizada; no había daños de importancia ni ninguno de los ocupantes del satélite corría el menor peligro. Alguien se acercó presurosamente a Minerva.

—Reservado veintisiete —dijo en voz baja—. La azafata de la cubierta dice que el capitán Holt acababa de entrar allí, acompañado de una chica.

El cuerpo de Minerva sufrió una fuerte sacudida. Cerró los ojos un instante.

"¿Amaba todavía a Blaise?", se preguntó.

Estaba segura de que se trataba de un asesinato. Periódicamente, un ejército de ingenieros y técnicos revisaba el satélite a fondo. La avería accidental no parecía probable.

Al abrir los ojos, vio a su jefe de personal, Jack Theynes, a unos metros de distancia. Theynes aparecía serio; sin embargo, Minerva creyó ver en sus ojos un brillo que no era precisamente de lágrimas por la muerte de Holt.

Al producirse la explosión y romperse el vidrio, Gaby empezó a gritar. La muerte la sorprendió antes de que concluyese el chillido de espanto. El frío sideral penetró en la estancia y su cuerpo estalló sangrientamente, afectado por el súbito vacío.

Luego, aquellos horribles despojos fueron arrastrados al exterior. Holt también atravesó la lucerna, aunque perfectamente consciente.

Se felicitó de haber ingerido la píldora oxitensional. Aquella sustancia podía dar oxígeno a sus pulmones durante algunos minutos, a la vez que mantenía la tensión de su cuerpo,

evitando así los espantosos efectos de la súbita falta de presión. De 1.013 milibares, la presión había bajado a cero en un segundo.

Salió al espacio, pero se agarró a un reborde de la estructura del satélite. Si se alejaba de él, moriría indefectiblemente.

Procuró moverse por los lugares donde no había lucernas. En sus dedos notaba el hormigueo de los timbres de alarma, que chimaban furiosamente. El hormigueo, sin embargo, cesó a los pocos momentos.

Siguió su camino. Pronto notó que el frío espacial iba penetrando en su cuerpo. Ya sentía dificultades respiratorias.

De pronto, llegó a una esclusa. Un cohete se disponía a entrar en aquel instante.

Holt saltó con gran impulso, moviéndose con aparente lentitud. Cayó sobre la parte superior del cohete, agarrándose con ambas manos a la antena de comunicaciones. La píldora de oxitensión tenía, lógicamente, unos efectos limitados.

Cada vez era mayor el frío. Ya notaba la falta de oxígeno, cuando la esclusa se cerró a sus espaldas.

De repente, oyó un fuerte silbido. Un consolador chorro de gas vital llegó a sus pulmones. Al mismo tiempo, percibió la benéfica elevación de temperatura.

Ya era hora, se dijo; mientras pegaba la cara al techo del cohete. Un minuto más y habría muerto de la misma manera que la pobre Gaby, que se quería jugar a sí misma contra cien neodólares.

La esclusa interna se abrió. Un gran chorro de luz penetró en la esclusa.

—Bien venidos a bordo, señores —saludó una hermosa azafata.

Holt permaneció en el mismo sitio. Cuando la azafata y los clientes hubieron desaparecidos, saltó del cohete al suelo. Conocía muy bien las interioridades de los satélites como el de Minerva Lygman.

Esperó unos minutos. A la derecha de la compuerta interna, había una puertecita. Al cabo de un rato, la abrió; podía

hacerse, mientras en la esclusa hubiera presión normal. De otro modo, una cerradura automática bloqueaba la puerta.

No había nadie en el vestíbulo de acceso. Sólo se vería gente cuando llegasen o se marchasen otros clientes.

Ahora, se dijo, debería buscar a Cleo. De pronto, divisó a dos sujetos que bajaban por la escalera que procedía de la cubierta superior.

Se escondió en el hueco. Uno de ellos dijo:

—La chica no ha querido hablar.

—Está bien, ahora soltará la lengua —contestó Jack Theynes.

—Es conveniente que lo haga, opino. Si el policía lo hubiera atrapado...

—Ese ya no nos dará más quebraderos de cabeza.

Holt rió silenciosamente. Por fortuna, las píldoras de oxitensión eran algo que no había sido aún divulgado. Y aunque ya no pertenecía a la Spol, todavía conservaba su dotación privada de las píldoras que permitían sobrevivir en el espacio, sin traje de vacío, de cinco a diez minutos, según la constitución física de cada cual.

Theynes y su acólito descendieron por una escalera, a la que se accedía mediante una trampilla situada en el suelo, al fondo del corredor de servicio. Holt les siguió, pisando de puntillas.

Asomándose con cautela, los vio frente a una puerta, que abrió el propio Theynes. Luego, los dos hombres desaparecieron al otro lado.

Holt bajó en cuatro saltos. Lentamente, se acercó a la puerta y la abrió ligeramente. El chasquido de una bofetada llegó a sus oídos.

—¡Vamos habla! —rugió Theynes.

Sonó un grito femenino:

—¡No sé lo que me está diciendo! ¡Los billetes eran auténticos!

—Es la mejor falsificación que he visto en los días de mi vida —rezongó Theynes.

—Sin duda, eres muy entendido en papel moneda.

Theynes se puso rígido un instante. El otro se volvió, justo al tiempo de encontrarse con un puño que golpeó duramente su mandíbula.

—¡Está vivo! —gritó.

Theynes tenía los ojos fuera de las órbitas.

Quizá no había entrado en el reservado que tenía dispuesta la trampa, pensó, en una fracción de segundo. Casi en el acto, intentó sacar su pistola.

Pero había olvidado a la prisionera. Cleo Varga demostró que la belleza no era incompatible con la habilidad en la lucha personal. De repente, Theynes se encontró volando por los aires, para acabar estrellándose contra el mamparo opuesto, de donde resbaló al suelo, perdido por completo el conocimiento.

Holt aplaudió calurosamente. Ella le miró, llena de curiosidad.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Blaise Holt, salvador de doncellas desvalidas —contestó él riendo—. ¿Por qué no salta a mi cuello y grita: "Héroe mío", antes de concederme el premio clásico del beso de gratitud?

—No sea bromista; esto no es cosa de juego —contestó Cleo.

—Evidentemente, la moneda falsa no ha sido nunca cosa de juego, aunque se usen los billetes ilegales en las mesas de la ruleta.

Cleo se puso colorada.

—Le juro que yo no sabía... —pero se calló de repente, como temerosa de haber dicho una inconveniencia.

—En efecto, estoy seguro de que no lo sabía. Y yo que la seguía a usted por otros motivos...

—¿Es policía? —preguntó Cleo.

Holt alargó una mano.

—Vamos, hablaremos luego —dijo.

—Espere un momento.

Acto seguido, Cleo se inclinó y se apoderó de la pistola de Theynes.

—Es de doble efecto —dijo.

—¿Entiende usted de armas? —inquirió Holt.

—Un poco.

La pistola tenía dos cañones superpuestos, uno de los cuales apenas si medía tres milímetros de diámetro. Cleo efectuó una rápida manipulación en la culata. Después de salir, cerró la puerta, apuntó a la cerradura y presionó el disparador.

Una línea de intolerable calor brotó del arma durante un par de segundos. Acto seguido, Cleo tiró la pistola a un lado.

—He fundido la cerradura. Esos tipos van a estar ahí más de lo que esperaban —dijo.

—Me siento pasmado. Yo pensé que usted era una mujer dulce, suave, sensitiva.

Los negros ojos de la chica dirigieron una profunda mirada a su interlocutor.

—Todavía no me conoce bien, señor Holt.

—Sí, eso veo —suspiró él—. ¿Cómo ha llegado usted hasta aquí?

—En mi cohete. Es de cuatro plazas y de características polivalentes.

—Vamos, lo tiene todo.

—Sí.

Cleo echó a correr. Holt la siguió, perplejo por la energía que no había podido sospechar se albergaba en aquel cuerpo tan bien formado.

Minutos más tarde, partían disparados hacia la Tierra. Una vez en órbita, Cleo, que había manejado los controles con gran pericia, se reclinó en el asiento.

—Bien, señor Holt, ¿querrá ahora explicarme por qué me ha salvado? No admitiré ninguna respuesta evasiva, ¿comprende?

—Vaya genio —sonrió él, mientras se ponía un cigarrillo en los labios.

* * *

—De modo que le ordenaron seguirme, porque alguien había notado el robo de los ciento veinte mil neodólares.

—En el fondo, no me importa el desfalco. Howton Lasky se

merece eso y mucho más. Pero me extrañó que una chica de su clase trabajase para Lasky.

—Directora de contabilidad —puntualizó Cleo.

—Lo sé. Y también estoy seguro de que usted aceptó el empleo de buena fe.

—Prometían buen sueldo. Me presenté y gané la plaza.

—¿Y después?

—Hubo un error en los impuestos. Lasky debía pagar casi cuatro millones. Yo demostré concluyentemente que sólo debía al fisco trescientos ochenta mil. Lasky dijo alegremente que pensaba pagar medio millón y que lo completaría con una gratificación por mi trabajo. Eso lo dijo al día siguiente de la sentencia judicial. Una semana más tarde, estaba amnésico por completo respecto a su promesa.

Holt se echó a reír.

—Y usted se vengó de él —dijo.

—Nadie se burla de mí —contestó Cleo muy seria.

—¿Es usted rencorosa?

—¿Por qué me hace tantas preguntas? ¿Acaso es policía?

—Hubo un tiempo en que pertenecí a la Spol.

—¿Qué es eso? —inquirió la chica, extrañada.

—Policía Espacial o *Spatial Police*, como lo prefiera, Spol, en abreviatura, un poco de argot.

—No comprendo qué puede hacer un miembro de la Spol...

—Ex..., ex miembro —sonrió Holt.

—Bien, de acuerdo. ¿Por qué anda detrás de mí?

—Yo ando detrás de Howton.

—¿Por los billetes falsos? En todo caso, están muy bien imitados. ¿Cómo pudo saberlo Theynes?

—Theynes y Lasky son carne y uña. Seguramente, Lasky le dijo lo del dinero robado. También intervienen en moneda falsa, pero a mí me interesaba más otra cosa.

—Es decir, Theynes debía saber que los billetes eran falsos, por la numeración.

—Supongo —contestó Holt.

—De acuerdo Ahora, dígame qué es lo que le interesa más que la moneda falsa.

—El "euphorxyl", Cleo.

CAPÍTULO III

De pronto, Holt se detuvo y agarró a la chica por un brazo.

—Mire —indicó.

Hacía rato que habían desembarcado ya en la Tierra, de vuelta del satélite de diversión. Estaban sobre una deslizante y Cleo pudo ver, siguiendo la dirección que él señalaba con la mano, a un hombre horriblemente viejo, que caminaba inseguro por la calzada.

—Dios mío..., ése es un bicentenario...

—¿Quiere decir que es un hombre nacido hace doscientos años? —Holt se echó a reír—. Nada de eso; apostarí a que no ha cumplido aún los cuarenta.

Cleo se volvió, asombrada.

—¿Cómo puede afirmar una cosa semejante? —exclamó.

—La experiencia..., en pellejo ajeno, por supuesto.

—A ver, explíquese.

Holt volvió la cabeza a derecha e izquierda.

—No hay ningún restaurante a la vista —dijo—, ¿Por qué no vamos a mi casa, que está cerca?

Cleo le sacó la lengua.

—¡Brrr...! —se burló de él.

—¿Cómo? ¿Cree que quiero llevarla a mi casa para saciar mis torpes instintos?

—Soy una doncella desvalida, usted lo dijo en el satélite.

—Y muy desconfiada, además de ladrona.

Cleo se encogió de hombros.

—Correré la suerte —sonrió.

Media hora más tarde, Holt servía la mesa.

—Un menú primitivo, aunque sustancioso, sin los refinamientos de un restaurante de postín. Pero sospecho que usted no tiene que cuidar la línea. Ah, y el vino es auténtico.

—Hábleme del "euphorxyl", Blaise.

—Con mucho gusto. Es una droga que confiere una potencia y una vitalidad realmente extraordinarias, además de una enorme clarividencia mental. Los que la toman se convierten en seres excepcionalmente inteligentes, además de fuertes, guapos y... otras cosas.

—No está mal. Eso parece algo así como agua de la fuente de la juventud.

—Sólo lo parece, Cleo.

—¿Por qué?

—Esas cualidades no se adquieren sin ciertas desventajas.

—¿Por ejemplo?

—Aceleración del *tempo vital* del organismo. El cuerpo del que ingiere esa droga vive, en dos o tres años, toda su vida. Algunos aguantan cuatro años, pero son los menos.

—Lo cual significa que si yo tomase el "euphorxyl", dentro de cuatro años, representaría cien o doscientos años.

—No sólo los representaría, sino que los tendría realmente. En esos cuatro años, su cuerpo habría recorrido el tiempo que debería vivir de acuerdo con el calendario

Cleo asintió.

—Creo que comprendo —murmuró.

—Lo celebro. El "euphorxyl" es una droga relativamente nueva. Yo estoy detrás de los que la elaboran y distribuyen, a precios altísimos, todo es preciso decirlo.

—Pero si uno conoce los efectos del "euphorxyl", con no tomarlo...

Holt sonrió tristemente.

—En los seis primeros meses, los efectos de la droga son

realmente maravillosos. El que la toma, piensa que ya puede dejarla, pero se equívoca. Otras drogas pueden eliminarse, hoy día, del organismo, quiero decir, combatir el hábito. Pasados los seis meses, y a veces con menos tiempo, ya es imposible desprenderse de la afición al "euphorxyl". Resultado: ese desgraciado, en dos o tres años más, recorrerá ochenta o noventa y morirá puramente de vejez, aun cuando sea un hombre nacido treinta años antes.

—Horrible —dijo Cleo.

—¿La cena?

—No, hombre, el "euphorxyl". ¿De dónde lo sacan?

Holt suspiró.

—Eso es lo que yo quisiera saber. La planta del "euphorxyl" no crece en la Tierra. Extrañamente, una presión atmosférica, semejante a la del Everest, mataría la hierba. Necesita muchísimo menos oxígeno, aunque algo precisa, desde luego. Los científicos calculan que puede cultivarse en una atmósfera cuya presión sea solamente de unos pocos milibares.

—En algún asteroide, por ejemplo.

—Me maravilla su clarividencia, Cleo.

—Pues no he tomado "euphorxyl", Blaise. Pero ¿qué tiene eso que ver conmigo?

—Usted trabajaba para Lasky y éste, sospecho, no sólo es el principal, incluso diría único cultivador de la planta, sino también distribuidor. ¿Sabe a cómo se paga el gramo de "euphorxyl"?

—Dígamelo, por favor.

—Dos mil neodólares. Y con un gramo hay para diez tomas, lo que representa diez semanas de euforia incontenible. Éxito en los negocios, en el amor, en la actividad intelectual...

—Y luego la ruina.

—Y la muerte por senectud.

Cleo apartó su plato vacío.

—No tomaré jamás el "euphorxyl" —aseguró—. Y le juro que jamás había oído mencionar esa pócima.

—Lo celebro, Cleo.

—¿Me detendrá por el robo de los ciento veinte mil?

—En primer lugar, no soy ya policía. Y, en segundo, sólo me interesa la hierba. Ahora, dígame dónde vive y la acompañaré con mucho gusto.

Cleo recorrió con la mirada el interior de la vivienda.

—Me gusta —dijo—. Supongo que tendrá usted una habitación para huéspedes imprevistos.

—Con una silla, para que la apoye usted en la cerradura —contestó Holt maliciosamente.

* * *

A la mañana siguiente, Holt oyó el zumbador del videófono. Se puso una bata y acudió a la sala.

Dio el contacto. La pantalla se encendió, pero no se vio nada, porque alguien tenía puesto un papel sobre el objetivo del otro videófono.

—¿Holt? —preguntó alguien.

—Sí.

—Escuche, tengo una buena noticia para usted.

—Dígala.

—Cuarta Avenida, ocho mil ochocientos doce. Kathey's Rickson.

Holt comprendió bien pronto el sentido de aquellas palabras.

—Gracias —dijo.

—Son cien "pavos".

—Los dejaré en el sitio de costumbre.

Ya no hubo más palabras. Holt tenía memoria; el informe del confidente estaba grabado en su cerebro.

Consultó la hora. Se había acostado demasiado tarde. Ya eran casi las once de la mañana.

De pronto, recordó a la chica.

—¡Cleo! —gritó, a la vez que se acercaba a su dormitorio.

La puerta, observó, estaba entreabierta. Terminó de abrirla.

—Estará en el baño —murmuró.

Pero unos minutos más tarde, llegó a la conclusión de que la chica se había marchado durante su sueño.

—Lástima —se dijo—. Me habría gustado desayunar frente

a ella.

Por la tarde, acudió al Kathey's.

Arrugó la nariz al asomarse al local. Parecía mentira, se dijo, que en pleno siglo veintidós subsistiesen todavía antros de aquella calaña.

Detrás del mostrador había una mujer de unos treinta años, estrepitosamente rubia y de pechos voluminosos. Sus facciones eran duras y su mirada recelosa.

—Hola —dijo la *barmaid*.

—Una copa.

—¿Qué prefiere?

Holt se encogió de hombros. Ella le sirvió de la primera botella que encontró a mano.

—Me llamo Thelma —dijo.

—Blaise —contestó él, a la vez que, discretamente, enseñaba un billete de cinco neodólares.

—Es poco —gruñó la *barmaid*.

—¿Cuánto?

—Tú.

Holt sonrió.

—Eres directa, Thelma —calificó.

—No me gustan los rodeos. Y tú has venido a buscar a alguien.

—Buen olfato —rió él—. ¿Rickson?

—Vendrá más tarde. Cuidado.

—¿Cuál es su arma favorita?

—La pistola fundente. Y la binavaja.

De repente, se produjo un pequeño revuelo en un rincón de la taberna.

—¿Qué pasa? —gritó Thelma con voz estentórea.

—Este tipo. Ha muerto de viejo —contestó uno.

—Sácalo al callejón, Ernie.

—Está bien.

Thelma se volvió hacia Holt.

—"Euphorxyl" —dijo escuetamente.

—¿Lo tomas tú?

—No estoy loca. ¡Grat! —llamó la mujer—. Ocupa mi

puesto.

Se volvió hacia el joven y sonrió de una manera extraña. "Si las «mantis religiosas» sonrieran en el momento de aparearse con su macho, lo harían de la misma manera que Thelma", pensó Holt.

—Sígueme —dijo ella.

Y Holt, resignado, obedeció.

* * *

Una hora más tarde, Thelma se acercó a una de las paredes del cuarto, describió un cuadro y dejó al descubierto una rendija de dos centímetros de ancho, por veinte de largo.

—Ya ha venido —dijo.

Holt se acercó a la mirilla.

—Es el tipo del pelo rizado —señaló la mujer.

Había cuatro hombres sentados a una mesa, jugando a los naipes Holt divisó moneda fraccionaria y sólo un par de billetes de baja denominación.

—¿Por qué le buscas? —preguntó ella.

—¿Te he pagado bien?

Thelma rió.

—Por supuesto —dijo.

—Entonces, no hagas más preguntas y envíamelo— Holt sacó dinero—. Cierra el pico, Thelma.

—Descuida.

La mujer se marchó. A los pocos instantes, Holt pudo verla hablando con Rickson.

—Arriba, en el nueve, tienes un cliente, Rick —dijo ella al oído del sujeto.

La cara de Rickson no se inmutó. Jugó un par de manos más y luego se puso en pie.

—Vuelvo enseguida, muchachos —manifestó.

Holt dejó el cuadro en su sitio. Luego se situó junto a la puerta.

Rickson abrió a los pocos instantes. Apenas había dado un paso dentro de la habitación, una fuerza irresistible lo arrojó

contra la pared opuesta.

Con el pie derecho, Holt cerró la puerta. Rickson recobró el equilibrio y se volvió, lanzando un rugido.

Levantó la mano derecha. Una navaja de doble hoja centelleó en el aire. Los aceros eran paralelos, con una separación de dos centímetros, reuniéndose luego en el mango, provisto de una cruceta, que impedía que su dueño se hiriese al usarla.

Holt agarró la muñeca de su adversario. Retorció el brazo y Rickson giró, dándole la espalda. Inmediatamente, un pie actuó con tremenda potencia.

Rickson salió con ímpetu indescriptible. Chocó contra la pared, rebotó y cayó al suelo, pero, casi en seguida, unas manos poderosas lo alzaron del suelo y lo arrojaron de nuevo contra la pared.

El hampón rodó por tierra, medio desvanecido a causa de los dos impactos de su rostro contra el muro. Holt se inclinó, le quitó la pistola y, levantándolo una vez más, lo lanzó contra el diván.

Rickson ofrecía un aspecto lamentable, con la nariz chorreando sangre. Gemía sordamente y parecía abatido por completo.

—¿Quién te da la droga? —preguntó Holt, inclinándose hacia él.

—Tupper —contestó Rickson, que no tenía ya fuerzas suficientes para resistirse.

—¿Dónde vive?

—Quince, seiscientos setenta..., veintiocho, E-E.

"15." Avenida, número 670, piso veintiocho, departamento E-E", pensó Holt.

—Está bien.

Giró sobre sus talones y se dispuso a salir. De pronto, oyó un rugido a su espalda.

Rickson se había levantado y, tras recoger la pistola, se apresuraba a disparar contra él. La navaja voló por los aires y se enterró hasta el mango en el estómago de su dueño.

Se oyó un gemido ahogado. Rickson soltó el arma y llevó

ambas manos al mango del acero doble. De pronto, se le doblaron las rodillas y cayó de bruces.

Holt contempló la ventana cerrada del reservado. Ya era de noche.

El cadáver de Rickson fue a parar segundos más tarde al callejón posterior de la taberna.

Thelma sonrió cuando le vio pasar por el mostrador.

—¿Interesante la conversación? —preguntó.

Había algo en la cara de Holt que asustó a la mujer.

—Thelma, voy a darte un consejo. Tú me has dado una buena información y yo te he pagado en la forma en que me lo pediste. ¿Lo recuerdas?

—Nu..., nunca lo olvidaré...

—Será mejor que no olvides este consejo: ¡Cierra la puerta a los traficantes de "euphorxyl"!

Y antes de que la estupefacta *barmaid* pudiera recobrarse de la sorpresa recibida, Holt salió de la taberna.

En la calle consultó la hora.

Tenía tiempo de ver a Tupper, se dijo.

CAPITULO IV

La puerta del departamento E-E estaba cerrada con llave. Había un rótulo con el nombre de su ocupante, K. Tupper, pero nada más.

Holt abrió al darse cuenta de que nadie contestaba. Momentos después, comprendía el silencio de Tupper.

Estaba muerto. Alguien le había fundido el corazón con una descarga de 5.000°. El rostro de Tupper aparecía convulsionado por el horror sufrido en sus últimos instantes.

—El "euphorxyl" mata también, aunque no se ingiera —murmuró Holt.

De pronto, oyó un chasquido.

Saltó a un lado. Alguien entraba en el piso.

Sin hacer ruido, sacó su pistola. Sonaron unos pasos temerosos.

Holt levantó la mano. El cañón del arma era lo suficientemente largo y pesado para derribar a una persona, con un golpe bien asestado.

Una cabeza de rojiza cabellera asomó por la puerta. Holt contuvo la mano, cuando el cañón de la pistola estaba ya a cinco centímetros de su blanco.

Cleo chilló.

—¡Silencio! —gritó él.

Las piernas de la muchacha, ahora enfundadas en unos largos pantalones negros, temblaron.

—Es ..., está muerto... —tartamudeó.

Holt enfundó el arma. Luego agarró a la chica por un brazo y la sacó del dormitorio.

—¿Qué diablos ha venido a hacer aquí? —preguntó de mal talante.

—Vi..., vine a ver a Tupper.

Holt la miró críticamente.

—Era un hombre todavía joven, sólo unos pocos años más que yo. ¿Qué había entre los dos? —preguntó.

Cleo reaccionó.

—¿Qué manera tan sucia de pensar es ésta? —exclamó, colérica.

—¿Y por qué no había de pensar así? No era un anciano y todavía resultaba muy atractivo. En cuanto a usted, ¿para qué hablar?

—Se equivoca, yo no soy de esas...

—Está bien, entonces, dígalo de una vez.

—Tupper era el vicedirector de la empresa donde yo trabajaba.

—Algo de eso me imaginaba. Un rufián más de la banda de Lasky.

—Yo creo que no. Sospecho que era de los pocos tipos decentes que había en las oficinas centrales.

—Si la está oyendo desde el otro mundo, agradecerá esas palabras —dijo Holt, cáustico—, ¿Para qué vino a verle?

—Podía estar en apuros por mi causa. A fin de cuentas, no debemos olvidar que me llevé ciento veinte mil neodólares de la caja fuerte.

—Todos ellos falsos.

—Yo no lo sabía hasta que me lo dijeron, en el satélite de diversión. Y si esos billetes están falsificados, es preciso convenir que se trata de un trabajo magnífico.

—¿Entiende usted de moneda falsa?

—Yo, no, pero allá arriba, por lo que se ve, parecen muy expertos.

—Si ellos no lo son, ¿quién lo va a ser? —dijo Holt irónicamente—. ¿Conserva todavía parte del dinero que les birló?

—Sí, claro; no soy una derrochadora...

—Cleo, para subir al satélite de la señora Lygman se necesita bastante dinero.

—Yo tenía mi propio coche. Antes de entrar en la empresa de Lasky, había ganado bastante dinero, no lo olvide. Y si me llevé los ciento veinte mil, fue porque él se burló de mí, ya lo sabe.

—Está bien. Luego hablaremos de sus billetes. ¿Tiene alguna idea de quién ha podido matar a Tupper?

—No, absolutamente, no.

—Lo siento, Cleo, pero temo que sus opiniones sobre ese desgraciado carecen de base. De todas formas, ya hablaremos luego del asunto. ¿Se va a marchar ahora?

—¿Qué piensa hacer usted? —preguntó la chica.

Holt paseó la mirada a su alrededor.

—Quiero registrar esto, a ver si encuentro algún rastro aceptable —respondió.

—Me quedaré —dijo Cleo, resuelta.

Una hora más tarde, Holt encontró detrás de un cuadro un trozo de papel, la mitad de una octavilla, aproximadamente, en

el que había escritas una serie de cifras y letras: 107-E-VI-XYE-44/3".

Arrugó el entrecejo.

—¿Qué diablos será esto? —murmuró.

—Una clave, ¿no le parece? —dijo Cleo, que miraba por encima de su hombro.

—Por supuesto, pero, ¿a qué se refiere?

Cleo guardó silencio. Al cabo de unos instantes, Holt guardó el papel en el bolsillo.

—Vamos —dijo.

—¿Adónde?

—A mi casa. Quiero hacer una prueba con sus billetes falsos.

Cleo obedeció sin rechistar.

CAPÍTULO V

—Tengo hambre —dijo la chica, apenas estuvieron en el departamento de Holt.

—No sea mal educada. Debe esperar —contestó él.

Se acercó a una de las paredes y presionó un botón oculto en el decorado. Un lienzo entero del muro se descorrió silenciosamente.

Cleo divisó lo que parecía un pequeño laboratorio de investigador. Sin hacer caso de su asombro, Holt empezó a manipular en un gran proyector, situado frente a una pantalla de casi dos metros de lado.

—Deme un billete falso de cinco neodólares —pidió.

Cleo accedió. Instantes después, veía en la pantalla la imagen de dos billetes de la misma denominación.

—El suyo es el de arriba —señaló Holt—, Por medio de este proyector, se amplía el tamaño de los billetes y se pueden observar mejor las diferencias.

—No está mal, aunque a mí me parecen iguales.

—Aguarde, aumentaré el tamaño aparente.

Segundos después, las imágenes de los billetes se habían hecho mucho más grandes, casi dos metros de largo por cincuenta centímetros de ancho. Los detalles del dibujo se veían ahora con toda perfección.

Holt se acercó un poco a la pantalla.

—Cleo, ¿está segura de que el billete que me ha dado era falso?

—Segurísima. No he gastado otro dinero desde entonces.

—Esperemos un poco antes de emitir nuestro dictamen —dijo él.

Encendió la luz y sacó los billetes del proyector. Luego, con ellos en la mano, se acercó a una mesa, donde había un soplete, que se encendía por medio de un interruptor eléctrico.

El soplete llevaba acoplado un termostato, que graduaba la temperatura de la llama. Cleo observó que Holt regulaba el termostato, situándolo en la cifra 380.

—¿Centígrados? —preguntó.

—Sí, y siempre trabajo en el sistema métrico decimal. Lo encuentro cómodo.

—¿Por qué ha elegido la cifra trescientos ochenta?

—El papel ordinario arde a la temperatura de cuatrocientos cincuenta y un grados Fahrenheit, es decir, ciento noventa centígrados. Pero estos billetes están hechos de una sustancia especial, en la que el metal tiene un elevado porcentaje. Por tanto, arden a trescientos ochenta centígrados o novecientos Fahrenheit, como prefiera.

—Ya entiendo.

Los dos billetes se consumieron rápidamente, sin dar señal alguna de diferencia.

—¿Cuál de ellos era el suyo, Cleo? —preguntó Holt.

—No lo sé, Blaise.

—Lo que significa que me ha dado un billete legítimo.

Ella dejó escapar violentamente el aire de sus pulmones.

— ¡Imposible! —gritó.

—¿Es usted experto en moneda?

—No, pero...

—Pero, ¿qué?

—Ellos me dijeron que el dinero que yo usaba en la mesa de juego era falso.

—Theynes.

—Sí. ¿Cómo podía yo saber...?

Holt sonrió.

—La acusaron de pasar moneda falsa, con objeto de tener un pretexto para encerrarla en aquel cubículo.

Pero ellos sabían perfectamente que el dinero era legítimo.

—No entiendo...

—Usted robó los ciento veinte mil de la caja de Lasky.

—Sí.

—¿Cómo la abrió?

—Con paciencia, hasta que conseguí averiguar la combinación.

—Espiendo, vamos.

—Aproximadamente —sonrió Cleo.

—¿Qué más había en la caja?

—No me fijé. Diciéndolo vulgarmente, me tiré a por el dinero, sin más. Desde luego, quedó allí una gran cantidad de billetes, pero yo sólo me llevé lo que consideraba era mío. No olvidemos que mi trabajo ahorró a Lasky más de tres millones y medio de impuestos.

—Es cierto. Pero ¿no vio libros, documentos...?

—Claro que sí. Lo que pasa es que no los toqué, ni siquiera me preocupé de uno solo de los papeles que había allí.

Holt lanzó un suspiro.

—La verdad, tarde o temprano, acaba por salir, como el sol, radiante y luminoso, aparece entre las nubes, tras la tormenta —dijo.

—No sea pedante —le apostrofó ella—. Es un párrafo infame.

Holt agarró a Cleo de un brazo y la sacó del laboratorio.

—Antes dijo que tenía hambre, me parece recordar —exclamó jovialmente.

—Si me golpea el estómago con la mano, sonará como un "tam-tam" —rió la chica.

* * *

Las cejas de Thelma se alzaron al divisar a su visitante. Con aire intrascendente, Holt se acercó al mostrador y se acodó frente a la *barmaid*.

—Hola, guapa —saludó, sonriente.

Ella le miró con temor.

—Rickson apareció muerto en el callejón —dijo en voz baja.

—Lastimoso. Pero teniendo en cuenta lo que había hecho hacía poco, es para decir que se lo tenía bien merecido.

—¿Qué había hecho, Blaise?

—Anda, dame algo de beber.

Thelma puso una copa delante de Holt.

—Ayer vi a Rickson jugando con unos amigos —añadió él.

—Sí. Suelen venir con frecuencia.

—Tú los conoces bastante bien. ¿Cuál de ellos era íntimo de Rickson?

—Morin, Igor Morin —contestó Thelma sin vacilar.

—Distribuidores de "euphorxyl".

Ella apretó los labios.

—Por favor, no me metas en líos... Yo no quería; ellos me obligaron a consentir...

—¿Dijeron algo de la muerte de Rickson?

—Morin estaba furiosísimo.

—¿Sabes si me reconoció?

—No, y yo tampoco te conocía hasta ayer...

—¿Has oído alguna vez un nombre que no sea el de ellos?

—No, nunca mencionan a nadie. Rickson fue el que me embarcó en el asunto. Dijo que el Kathey's era un buen lugar para su negocio y amenazó con regarme los pechos con vitriolo.

Holt contempló un segundo el exuberante busto de la mujer.

—¡Bárbaro! —masculló—, ¿Has oído alguna vez el nombre de Tupper?

—Hoy, en las noticias televisadas. Lo asesinaron, creo.

—Sí, ya estaba muerto cuando Rickson y yo conversábamos en el reservado.

Los ojos de Thelma expresaron un horror completamente genuino.

—Tuvo que ser él. O Morin —dijo.

—Sí, me lo imagino. Thelma, esta vez no te diré que me ayudes, no deseo comprometerte. Tú conoces a Morin; señálame cuando venga.

—Sí, Blaise.

Una hora más tarde, entraron tres o cuatro sujetos de aspecto poco recomendable. Igor Morin vio a un hombre encaramado a un taburete, junto al mostrador, con aspecto de estar bebido.

Thelma les sirvió unas copas. Luego hizo una seña disimulada al supuesto borracho.

A los pocos momentos, Morin sintió una ligera palmada en

la espalda.

—Eh, ¿qué diablos está haciendo? —exclamó, irritado.

—Quiero hablar con usted. A solas —dijo Holt.

Morin entornó los ojos.

—¿Y si yo no quisiera?

Holt emitió una risa deliberadamente siniestra. Luego sacó una pitillera de metal, en uno de cuyos ángulos apoyó el pulgar.

—Cuando le di la palmada en la espalda, colgué una diminuta mina personal, que puede activarse si yo envío una señal eléctrica. En este caso, las vértebras que están a la altura de sus riñones quedarán hechas polvo.

Morin se puso lívido.

—Usted no...

—Vamos arriba, a un reservado —dijo Holt fríamente.

* * *

Holt hizo que Morin se sentase al fondo, en un diván, con las manos sobre las rodillas.

—Recuerda, el menor gesto sospechoso o una simple negativa a contestar a mis preguntas, te destrozará el espinazo —dijo Holt.

—Sí, sí, señor...

—¿Mató Rickson a Tupper?

—Sí.

—¿Te lo confesó?

—Sólo dijo que el trabajo estaba hecho.

—En vista de lo cual, supusiste que Tupper había muerto.

—Sí.

—¿Acompañaste tú a Rickson?

—Sí. El subió, yo me quedé en la calle...

—¿Quién le ordenó matar a Tupper?

—No sé. Recibí una llamada telefónica...

Holt alargó la derecha.

—Cuando la mina explota, a mí no me pasará nada; puede destrozarte la columna vertebral, pero no abrirá ningún agujero

por delante. ¿Entiendes?

Morin estaba al borde de un ataque de nervios.

—Starr —gimió.

—Starr..., ¿qué más? ¿Dónde vive?

—Rashomon Starr. Vigésima, mil doscientos, treinta y dos,

A-I...

—Eso significa que le conoces, ¿no es así?

—Efectivamente.

—¿Has hablado alguna vez con Starr?

—Bastantes.

—En ese caso, habrás oído algún nombre.

—No. ¡Se lo juro! —chilló Morin, al ver que Holt hacia ademán de apretar el disparador eléctrico.

—Está bien. ¿Sabes, al menos, por qué os ordenaron matar a Tupper?

—Yo no le maté...

—Pero vigilabas, por si surgía algún inconveniente, lo que te convierte en culpable, tanto como Rickson.

—Bueno, Starr no lo dijo.

—Simplemente, lo ordenó.

Una sonrisa apareció en los labios de Holt.

—Levántate y da la vuelta —ordenó.

Morin obedeció. Sintió unos dedos en la espalda y luego oyó que le ordenaban volverse de nuevo.

Holt tenía en la mano una especie de ganchito, hecho de un alambre muy fino, del que colgaba un disco oscuro, de unos cuatro centímetros de lado, de perfil lenticular. De pronto, Holt se llevó el disco a la boca y empezó a masticarlo.

—Chocolate —dijo con la boca llena.

Morin comprendió que había sido objeto de una burla. La cólera le cegó.

Impulsivamente, saltó contra Holt, a la vez que profería una espantosa maldición. Holt no se inmutó y movió la mano derecha.

El canto de la pitillera golpeó duramente la frente de Morin. Se oyó un gemido. Morin, sangrando profusamente por la herida, se tambaleó.

Holt lo derribó de una patada en la ingle. Luego sacó del bolsillo lo que parecía un lápiz labial y presionó en la parte superior. Un chorro de gas dio de lleno en la nariz de Morin, que se quedó quieto en el acto.

—Así dormirás media docena de horas —dijo.

La hemorragia no era grave. Silbando alegremente, Holt abrió la puerta del reservado y bajó a la taberna.

—Morin se ha emborrachado —dijo—. Ha caído y se ha golpeado la frente con el borde de una silla. No es nada de importancia —añadió, sonriendo.

Thelma le guiñó un ojo.

—Lamento infinito ese accidente —contestó, con cara de sentir todo lo contrario—, ¿Te vas ya?

—Sí. Volveré otro día.

—Eso sí que es lamentable —suspiró la *barmaid*.

—Tengo trabajo. Ah, si te molesta Morin o alguno de sus amigotes, dímelo.

—No sé adónde...

Holt dejó sobre la mesa una inocua tarjeta de visita, en la que sólo constaba su nombre y el número de videófono.

—Adiós, guapa.

—Vuelve pronto, Blaise.

CAPÍTULO VI

Al salir a la calle, Holt oyó a su derecha una voz femenina, llena de mordacidad:

—¿Le gustan las vacas bípedas?

Holt se volvió. Apoyada en la pared, con una blusa roja, terriblemente escotada, una falda cortísima y unas medias negras, estaba Cleo.

Los rojos labios de la chica sostenían una larga boquilla con un cigarrillo humeante. Había en su mirada una expresión de malicia, pero también un poco de irritación.

—Thelma es una mujer guapa, simplemente —contestó.

—Gorda —dijo Cleo.

—¿Me ha estado espiando?

—Usted, ¿qué cree?

—Eso no está bien, Cleo.

—Estoy metida en el asunto. Me parece a mí que...

—Usted ya se ha salido del asunto.

—No. Seguiré adelante. Me acusaron de algo que no es cierto.

—Pero robó ciento veinte mil.

—Moralmente, eran míos.

—Lo siento, Cleo. Vuélvase a su casa. Y busque un empleo, es lo mejor.

—No insista, Blaise.

—Usted es una aficionada. No tengo ganas de que me meta en un lio gordo.

—¿Me toma por tonta?

Un guardia que hacía la ronda nocturna, pasó en aquel instante junto a la pareja.

—Hola, capitán —saludó el guardia.

—Hola, Mac. ¿Conoce a esta prójima?

El agente miró a Cleo.

—Es nueva en el barrio —dijo.

—Atenta contra la moralidad pública. Usted ya me

entiende, Mac.

—Sí, señor —MacMurdo, agarró a Cleo por un brazo—. Vamos, pájara, andando.

Cleo chilló Holt sé echó a reír y continuó su camino.

—¡Blaise —gritó ella de pronto—, le prometo que seré buena ...!

Holt se detuvo y giró sobre sus talones.

—Tengo un corazón de oro —dijo—. Suéltela, Mac; sólo quería darle una lección.

MacMurdo se quitó la gorra para rascarse el cogote con más comodidad.

—Ya me parecía a mí —masculló—. Más que una buscona, diríase que es la prometida del capitán.

Holt y Cleo continuaron andando. De pronto, un hombre apareció por un callejón, tambaleándose como un ebrio.

Holt adivinó que el hombre iba a caerse, y alargó el brazo, pero llegó tarde.

Cleo emitió un gemido de horror. Holt estaba arrodillado junto al individuo.

De pronto, se puso en pie. Cleo advirtió una sombría expresión en sus facciones.

—"Euphorxyl" —dijo lacónicamente.

Cleo lanzó una mirada a la cara del muerto. Era la cara de un hombre de doscientos años.

—Horrible —murmuró.

Siguieron su camino. Ya nada se podía hacer por aquel desdichado. La ronda se encargaría del cuerpo de un hombre que había creído encontrar en el "euphorxyl" alegría, juventud, vigor e inteligencia, cualidades que sólo le habían durado dos o tres docenas de meses.

—Ahora comprende usted por qué odio a los cultivadores, fabricantes y distribuidores de "euphorxyl" —dijo él, pasados unos momentos.

—Sí, Blaise.

De pronto, Holt pasó, en sucesivos saltos, a una acera móvil de cuarenta kilómetros horarios. Ella se situó a su lado con notable soltura.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—Rickson me engañó. Hacía poco que había asesinado a Tupper. Me envió a él, porque sabía que así no obtendría nada; incluso podía comprometerme.

—Entiendo. Yo fui a verle para ver qué sabía de los billetes falsos. Pero ahora empiezo a creer que estaba también complicado en el asunto del "euphorxyl".

—Esa es una posibilidad —dijo él.

—¿Y la otra?

—Quizá usted tenía razón. Tupper era honrado, pero pudo enterarse de los trapicheos de Lasky y compañía. A éstos no les convenía que alguien se fuese de la lengua. ¿Está claro?

—Como el agua, Blaise.

* * *

Al detenerse ante la puerta del departamento, Holt hizo una advertencia a la chica.

—La entrevista no va a resultar plácida; yo diría más bien que será dura. Si no se siente con estómago para soportarlo, váyase.

—Me quedo —dijo Cleo, resuelta.

Holt llamó a la puerta. Un hombre abrió a los pocos momentos. Era bajo, más bien gordo y con la cabeza casi limpia de pelo.

—¿Sí? —rezongó.

—¿Starr?

—Ese es mi nombre, pero ahora estoy ocupado...

Starr fue a cerrar la puerta, pero Holt cargó con el hombro y lo lanzó patas arriba a cinco metros de distancia.

—Rashie —sonó una voz femenina en el interior del piso—, ¿ocurre algo, queridito?

—Vaya, le llaman Rashie —sonrió Holt—. Usted no está casado, Starr.

El hombre se puso en pie.

—Llamaré a la policía —dijo roncamente.

—Bueno, así hablaremos todos de la muerte de Kyll Tupper.

La mano de Starr estaba ya sobre el videófono, pero, de pronto, la retiró, como si hubiera visto convertirse al aparato en una serpiente.

—No... No sé nada...

Una mujer, envuelta en una bata, apareció en la puerta de la sala.

—Rashie, ¿qué horas son ésas de recibir visitas...? —protestó.

Holt la miró fijamente.

—Vístase pronto y váyase de aquí —dijo.

La mujer vio algo en los ojos de Holt, que la hizo retirarse sin rechistar. Starr permanecía silencioso, muy pálido.

Momentos después, la acompañante de Starr, ya vestida, salió, taconeando vivamente.

—¡Que te diviertas! —dijo, despechada, en el momento de cerrar de un portazo.

—Rashie, lamento aguarle la fiesta —dijo Holt, apenas se hubieron quedado solos—. He venido con buenas intenciones, mejores de las que usted se piensa, y no cambiaré de opinión, a menos que usted no se muestre dispuesto a cooperar.

—¿Qué diablos es lo que quiere de mí? —rezongó el sujeto.

—Usted ordenó la muerte de Tupper. ¿Por qué?

—No sé nada...

Holt alargó la mano y dio un terrible papirotazo a la nariz de Starr. Los ojos del sujeto se llenaron de lágrimas, a la vez que emitía una fuerte interjección.

—¡Grosero! —le apostrofó Cleo.

—¿Quién es ella? —preguntó Starr.

—No importa ahora. ¿Por qué ordenó matar a Tupper?

—Me lo ordenaron.

—¿Quién?

Starr apretó los labios. Pero retrocedió cuando vio que Holt se le acercaba hostilmente.

—Sólo conozco una clave de llamada espacial —dijo.

—Vamos, suéltela —pidió Holt.

—E-4-UU-1700.

—Esa clave corresponde a un satélite privado, ¿no es así?
Starr asintió.

—¿Quién se la facilitó?

—Lo siento. Me llamaron por videófono, pero sin imagen.

—¿Nunca ha visto al tipo que está al otro lado?

—No.

—Eso significa que usted recoge la mercancía... Porque me imagino que sabe de sobra a qué mercancía me refiero, ¿no es así?

—Cada vez me dejan el paquete en un sitio distinto. Luego me llaman por videófono y me indican dónde he de dejar el dinero. Siempre en un punto diferente.

—Es decir, en la envoltura del paquete no hay ninguna indicación escrita.

—No.

—El tipo que le ordenó matar a Tupper, ¿dio algún motivo?
Starr soltó una risita.

—No dan nunca explicaciones, sólo órdenes —contestó.

—A cambio de una comisión, por supuesto.

—El quince por ciento.

—No está mal. Un gramo de "euphorxyl" vale dos mil "pavos". Por tanto, usted gana trescientos.

Starr se encogió de hombros.

—La vida —dijo.

—Sí, la vida de los otros —dijo Holt, furioso. Y le arreó un mamporro que lo tiró contra la mesa cercana. La mesa se rompió en astillas y Starr rodó por el suelo, lanzando un aullido de dolor.

Holt saltó sobre él y se dispuso a aplastarle la cara con el pie. De repente, notó en su brazo una mano.

—No, Blaise.

Holt inspiró profundamente.

—No se ponga usted a su altura —añadió Cleo.

—Tiene usted razón. Pero hay veces en que pierdo el dominio de mí mismo...

Cleo tiró de él hacia la salida. Pero antes de abandonar el

piso, Holt agarró el videófono, lo tiró al suelo y pateó la pantalla y el resto del aparato varias veces.

—Podemos irnos —dijo.

Salieron a la calle. A los pocos pasos, Cleo dijo:

—Blaise, es un poco tarde. Mi casa está mucho más cerca.

Holt sonrió.

—Está bien. ¿Me dará una silla para apoyarla en la cerradura de mi dormitorio?

Ella se echó a reír.

—Si desconfiara de usted, no le llevaría a mi casa —respondió.

—¡Hum, no se fie! A veces, los instintos del hombre del Neolítico surgen inconteniblemente y...

—Usted se controla fácilmente, Blaise. Oiga, ¿sabe que empieza a caerme simpático?

CAPÍTULO VII

Al terminar la cena, Cleo sirvió café y licores. Luego se sentó frente a su huésped.

—Blaise, voy a decirle una cosa. Si lo estima indiscreto, no me responda. ¿Estamos?

—O. K., adelante. '

—Usted lucha contra los traficantes de "euphorxyl", pero aunque lo que hace no se puede decir que esté reñido con la justicia, da la impresión de tener una cuenta personal con cada uno de ellos. ¿Me equivoco?

Holt tenía en las manos una copa balón, con unos dedos de brandy. Oyó las palabras de la muchacha y demoró la respuesta unos segundos.

—Tiene razón, Cleo —dijo al cabo—. Hay motivos personales en lo que hago. Pero también...

—¿Cuáles son los motivos personales, Blaise?

—Mi esposa.

Cleo lanzó una exclamación.

—Oh, lo siento —murmuró.

—Ocurrió hace seis años. Me encomendaron una misión en Mission City, en el borde oriental de la Gran Sirte, en Marte. Estuve demasiado tiempo, no lo pude remediar. Cuando volví, mi esposa era ya una adicta del "euphorxyl". Tenía veinticuatro años cuando tomó la primera dosis. El médico que examinó su cadáver, dijo que, clínicamente, había muerto a los ciento ochenta años, transcurridos en dos y medio.

—Lo siento, lo siento —repitió Cleo, consternada.

—El niño murió antes de nacer —añadió él.

Unas lágrimas aparecieron en los ojos de la chica.

—¿Puedo hacer algo por usted, Blaise? —solicitó.

Holt bebió un sorbo de brandy. Luego se esforzó por sonreír.

—La vida debe continuar. Se debe recordar a los muertos queridos, pero no vivir de su memoria —dijo,

—Sí, es cierto. —Cleo entendió que debía variar de tema—.

¿Qué piensa hacer ahora?

—Ir al satélite que tiene la línea videofónica E-4-UU- 1700.

—Pero, bueno, ¿en qué quedamos? ¿Pertenece o no a la Spol?

—Lo dejé. Quiero tener las manos libres.

—Mal asunto. Blaise.

—Para los perros que cultivan el "euphorxyl" —contestó él, tajante.

Al cabo de un rato, languideció la conversación.

—Le enseñaré su cuarto —dijo ella.

Holt estaba un poco cansado. Además, sabía cómo compartimentar sus preocupaciones. En aquellos momentos, le interesaba dormir, así que dio de lado todos los problemas.

Por ello no oyó a los dos intrusos que, a altas horas de la noche, entraron en la casa y se dirigieron rectamente al dormitorio de Cleo.

Ella despertó sobresaltada.

Una mano le tapó la boca para que no gritase. Otra le disparó un chorro de gas a la nariz.

Cleo volvió a dormirse a los pocos instantes.

* * *

Holt se levantó un poco tarde. Casi inmediatamente, notó la falta de Cleo.

Un rápido examen de la situación, le indicó claramente lo que había sucedido. De no haber sido raptada, Cleo le habría dejado alguna nota escrita.

Se preocupó por la chica, pero no temió demasiado por su suerte. Por el momento, estimó, para Theynes era más valiosa viva que muerta.

Sin prisas, se hizo un poco de café y dejó el departamento, para dirigirse al suyo. Desde allí, hizo un par de llamadas.

Sus sospechas se confirmaron. La clave videofónica señalada por Starr pertenecía a uno de los aparatos instalados en el satélite de Minerva, probablemente, una línea privada.

Empezó a prepararse para el viaje al satélite. De repente,

notó la sensación de que estaba siendo espiado.

Tal vez era el instinto profesional, pero se dijo que valía más comprobar sus sospechas. Sin mostrar la menor anormalidad, continuó moviéndose por la casa.

Fue al baño y se afeitó. Ya se había llevado consigo unos potentes prismáticos.

Desde la ventana del baño, atisbó las del edificio frontero, situado a ciento cincuenta metros. Tenía que ser una ventana situada a nivel de su casa o, todo lo más, a un nivel ligeramente superior.

De pronto, vio al individuo.

Estaba en una habitación, con la ventana abierta y las cortinas corridas casi por completo. Por la abertura asomaba el grueso tubo de un rifle de precisión, con ultrasilenciador y teleobjetivo electrónico.

Holt reconoció la clase de arma. Era un rifle que disparaba proyectiles de dieciséis milímetros, con cola que se abría en hélice después de atravesar la carne. La bala abría unas heridas horribles, de casi cinco centímetros de diámetro. A cuatrocientos metros, el tirador más torpe acertaría su blanco infaliblemente.

El rifle, además, estaba provisto de mecanismo antirretroceso, igualmente silenciado. El arma, sin embargo, tenía una desventaja.

Holt conocía la desventaja del rifle "destripador", como era comúnmente llamado. Y no estaba desprotegido contra un arma de semejantes características.

Seguro ahora de que el asesino aguardaba el momento de disparar contra él, decidió darle una buena sorpresa.

—O algo peor —murmuró, mientras preparaba su propio rifle, mucho más pequeño, pero no menos preciso.

Las balas de su rifle eran de calibre 7,82, y alta velocidad, debido a un cartucho con mayor carga de pólvora y a una recámara debidamente reforzada. También había teleobjetivo, simplemente óptico, y silenciador.

Holt había adivinado que el asesino apuntaba a una de las ventanas de la sala. Por tanto, su vista estaba constantemente

ocupada en el lugar que, tarde o temprano, debía ocupar su víctima.

Levantó suavemente el bastidor de la ventana del baño. A simple vista, el asesino no lo advertiría. Además, Holt había podido darse cuenta de que casi todo el rato tenía el ojo detrás de la mira.

Apuntó con infinito cuidado. Era un tiro muy difícil y no quería fallarlo. En realidad, sólo pretendía dar un buen susto al asesino.

Apretó el disparador, pero mantuvo el ojo en el objetivo. La bala entró por el cañón del otro rifle, alcanzó el proyectil "destripador" y éste, al retroceder violentísimamente, inflamó la carga de pólvora.

El rifle explotó. Un hombre saltó, con la cara destrozada por la metralla. Un trozo de hierro le había segado la yugular, de la que brotaba la sangre a chorros. Pero Holt ya no lo vio, aunque si advirtió la leve humareda del estallido.

Recogió el arma. Terminó de preparar sus cosas y se dispuso a salir en busca de una agencia donde sabía le alquilarían un cohete privado.

CAPÍTULO VIII

—Bien venido al satélite, señor —dijo una de las azafatas recepcionistas—. La dirección se complace en obsequiarle con una ficha de diez neodólares, una consumición a su gusto y le desea mucha suerte.

Holt guiñó un ojo a la chica.

—Si gano, vendré a buscarte —dijo.

Ella sonrió.

—Tendrá que ser la semana próxima, señor; hasta el lunes no termina mi turno —contestó.

Holt hizo saltar la ficha en la palma de la mano.

—Entonces, el lunes. Adiós, guapa.

—Suerte.

Holt subió a la cubierta superior. Recorrió un par de amplios pasillos y llegó a una gran sala, cuya pared del fondo era una inmensa cristalera, a través de la cual se divisaba el esplendoroso panorama de la noche espacial.

Sentado en un taburete, enseñó la ficha.

—Jerez —pidió.

Al momento, señor —contestó la *barmaid*.

Había pocos hombres en el satélite, sólo los indispensables. Holt sabía que a Minerva le gustaba que sus clientes vieran caras hermosas.

La ficha era la contraseña para la consumición gratuita. Cuando estaba a mitad de la copa, oyó una voz conocida a sus espaldas:

—No esperaba verte tan pronto, Blaise.

—¿Desea algo, señora? —preguntó el *barman* servicialmente.

Minerva hizo un gesto negativo con la mano. Luego se recogió la larga falda del vestido que llevaba puesto y se sentó al lado de Holt.

—No me has contestado todavía —dijo, en son de reproche.

—Estaba pensando —dijo él.

—En algo interesante, sin duda. Porque no soy tan

inmodesta como para suponer que pensabas en mí —rió la hermosa mujer.

—Pues mira, puede que te equivoques. He pensado en ti en más de una ocasión, pero ahora pensaba en otra mujer.

—Siempre fuiste un buen aficionado al bello sexo, lo cual, bien mirado, no deja de ser un elogio en estos tiempos que corren hoy día. Incluso creo recordar que una vez estuviste casado.

—Minerva, yo te permito censurar, criticar y hasta burlarte de todas las cosas de mi vida, menos una: precisamente la que acabas de mencionar. ¿Está claro? —dijo Holt con voz cortante.

—Lo siento, no quise ofenderte.

Minerva conocía bien la historia privada de Holt. Una hermosa muchacha se había cruzado en su camino, después de la boda fracasada, cuando ya estaba a punto de reconquistar definitivamente el corazón del que entonces era sólo teniente de la Spol, y había perdido la partida.

Luego, la mujer de Holt había muerto, víctima del "euphorxyl". Minerva ya no había intentado buscar la relación amorosa por segunda vez, segura de su fracaso.

—Pero no pensaba ahora en mi esposa —dijo él.

—¿Puedo conocer el nombre de la afortunada? —sonrió Minerva.

—Ese calificativo es inexacto. Murió por descompresión el día que estuve en este satélite, cuando me llevó, ignorante, por supuesto, al reservado donde alguien había preparado una bomba.

—No tuve nada que ver en ese asunto —declaró ella, pálida.

—Quisiera creerte, Minerva. Pero no forzaré más el tema en esta ocasión. He venido aquí para divertirme un poco, ¿sabes?

La ficha de diez neodólares saltó otra vez en su mano. Miró a la mujer y sonrió.

—Voy a la ruleta —fue todo lo que dijo el hombre.

La primera apuesta de Holt fue al cero. Instantes después, tenía trescientos sesenta neodólares en su sitio.

Sabíase vigilado por los esbirros de Theynes, pero los ignoró deliberadamente. Jugó con toda tranquilidad unas cuantas vueltas de ruleta, perdió cien neodólares y ganó ciento sesenta.

Delante de él había una hermosa joven, lujosamente vestida, de pelo rubio y ojos verdes. Holt la estudió atentamente mientras la bola giraba en el hoyo de la ruleta. Sostenía un cigarro con los dientes, pero no lo encendió.

Había un brillo especial en los ojos de la muchacha, que, por otra parte, daba una sensación de perfecta normalidad física. De pronto, Holt le hizo ganar un pleno de cuatrocientos neodólares.

La chica palmoteó alegremente y dejó las fichas sobre la mesa. En la jugada siguiente, sus ganancias fueron de dos mil y pico de neodólares.

Media hora más tarde, la joven tenía ante sí fichas por valor de casi cien mil neodólares. El *croupier* y el jefe de la mesa aparecían serios y concentrados.

La noticia de que había una mujer que estaba ganando locamente, se extendió rápidamente por los demás salones. La gente empezó a aglomerarse en torno a la mesa.

Holt ganó también un par de miles, pero procuró que sus jugadas fueran cautas, a fin de no infundir sospechas. En cambio, hizo que la rubia de los ojos verdes y muy brillantes ganase más de doscientos mil neodólares.

Theynes acudió también. Miró un instante a Holt y luego dedicó su atención a la mesa. La jugadora tema los brazos desnudos; no parecía, por tanto, que escondiese sobre sí algún artefacto destinado a parar la bola en la casilla deseada.

Cuando sus ganancias bordeaban el cuarto de millón, la rubia, por fin, tuvo un gesto de sensatez.

—¡Uf, voy a descansar un poco! —exclamó—. Creo que

necesito "digerir" esta suerte tan loca que he tenido hoy.

—Si la señora desea descansar un rato, yo le indicaré una habitación donde podrá hacerlo a gusto —manifestó Theynes—. Ketty —llamó a una de las azafatas—, acompaña a la señora al salón rosa. Peggy, una botella de champaña.

Theynes se inclinó profundamente ante la joven.

—Cortesía de la casa, por supuesto —dijo—. Haré que una chica le lleve el dinero.

—Es usted muy amable, caballero —sonrió ella.

Holt recogió sus fichas. En total, había ganado algo más de cuatro mil neodólares. La caja estaba cerca y cambió las fichas por billetes, que guardó en el bolsillo. Se prometió analizarlos cuidadosamente a la primera ocasión que se le presentara.

Después, tranquilamente, caminó por el corredor, al final del cual había una puerta con dibujos que representaban ramos de rosas. Era el distintivo del salón; para los otros, diferentes flores indicaban el color con que eran conocidos.

El corredor se hallaba en un lugar discreto del satélite. Holt asió el pomo. Abrió súbitamente. Una mujer lanzó un grito de furia.

* * *

Había dos mujeres, jóvenes, pero fuertes, con la jugadora, la cual aparecía vestida solamente con sus prendas íntimas. Una de las mujeres apuntaba a la chica con una pistola, mientras que la otra revisaba meticulosamente el bolso y el resto de su indumentaria.

—Déjenla —ordenó Holt, a la vez que cerraba la puerta de sus espaldas.

La jugadora estaba roja de vergüenza y miedo al mismo tiempo. Encima de una mesa, Holt divisó unos cuantos fajos de billetes de alta denominación.

La pistola le apuntó al cuerpo.

—¿Vas a disparar? —rió Holt.

Theynes también contrataba a mujeres hábiles en el manejo

de las armas, fuertes y conocedoras de todos los trucos de la lucha. Estaban en el satélite bajo la apariencia de inofensivas azafatas, pero intervenían cuando era necesario.

—Yo me encargaré de él, Peggy —dijo la chica que registraba los vestidos.

—Adelante, Ketty —rió la otra.

Peggy avanzó hacia Holt.

—Voy a darte una lección que no olvidarás jamás —aseguró.

Y, de súbito, saltó hacia arriba, a la vez que agitaba las piernas, con el fin de alcanzar la mandíbula del intruso.

Peggy se elevó casi hasta la altura de la cabeza de Holt. Su pie derecho buscó venenosamente un mentón masculino. Pero, de repente, dos manos asieron su tobillo.

Holt utilizó sus músculos al máximo de potencia. Peggy, falta de un punto de apoyo, dio una voltereta en el aire y cayó de bruces, desde dos metros de altura. El golpe resonó sordamente. Peggy quedó atontada en el suelo, terriblemente dolorida por la caída.

—¡Quieto! —dijo la otra.

Holt se echó a reír.

—¿Vas a disparar contra mí? —repitió, a la vez que avanzaba hacia ella.

Ketty vaciló. De repente, una fuerza irresistible le quitó la pistola.

Con la mano izquierda, Ketty quiso golpear el cuello de Holt, usando el filo. Holt paró el golpe levantando el brazo derecho. Una rodilla se hincó cruelmente en el abdomen de Ketty.

Sonó un gemido de agonía. Peggy se levantaba en aquel momento.

Holt agarró a Ketty por los cabellos y tiró con fuerza, a la vez que giraba a un lado. Ketty chilló agudísimamente al sentirse proyectaba hacia adelante. Peggy trató de esquivar la colisión, pero no lo consiguió.

Dos cráneos chocaron con fuerza. Las supuestas azafatas se desplomaron sin sentido,

Holt se inclinó y tendió las ropas hacia la joven.

—Vístase, señorita —dijo.

—Sí, gracias. . No acabo de comprender... Me trataron indignamente. ¡Pero yo no hice trampas!

—Las hice yo en su favor.

Ella le miró asombrada, olvidada por unos momentos de lo escaso de su atavío.

—¿Cómo dice?

—¿Quién es usted?

—Nadia Rodden. Vine aquí, porque... porque me dijeron. .

—Le dijeron que encontraría "euphorxyl", ¿no es cierto?

Nadia asintió, roja da vergüenza.

—Usted parece adivinarlo todo —murmuró.

—Tengo experiencia —manifestó él—, ¿Cuánto tiempo hace que toma la droga?

—Cuatro, bueno, casi cuatro meses.

—Todavía es tiempo. Me imaginé que usted es una drogadicta relativamente reciente; su piel está aún tersa y juvenil. Pero un tratamiento adecuado podrá salvarla. Por eso la hice ganar dinero; el tratamiento no es barato, aunque sí efectivo, cuando se llega antes de los seis meses de la primera toma de "euphorxyl".

—¡Es una droga tan maravillosa! —suspiró Nadia.

—Sólo los primeros momentos. Luego...

—Sí, dicen que se muere de viejo, aunque sólo se tengan veinte años, pero yo no acabo de creerlo.

Holt sacó una tarjeta y la metió en el bolso de la joven,

—Vaya a esta dirección —indicó—. Haga que le enseñen algunos casos incurables. Luego, si lo prefiere, gástese el cuarto de millón en "euphorxyl".

Nadia le miró con temor.

—Haré lo que me indica —dijo—. No sé por qué, pero confío en usted.

Holt sonrió.

—Así es mejor. Dígame, ¿quién le suministra la droga...?

Nadia citó un nombre. Y añadió:

—Pero ahora no tenía más existencias. Había oído hablar

algo de que aquí encontraría y vine...

—Aquí no encontrará un solo gramo de "euphorxyl", se lo aseguro. Ande, termine de vestirse y váyase con el dinero.

—Usted me lo hizo ganar. ¿De qué manera?

Holt sonrió maliciosamente.

—No haga preguntas indiscretas —contestó—. Vamos, termine pronto; estaré afuera.

Abandonó el salón y aguardó unos minutos. Nadia salió, justo en el momento en que llegaba Theynes. Los ojos del sujeto divisaron el montón de dinero que la chica llevaba en brazos.

Theynes vio también a sus dos azafatas tendidas sin conocimiento en el suelo. Una llama de ira brilló en sus ojos.

—Querían robarme —dijo Nadia — Yo me defendí.

Theynes respingó. Holt ofreció su brazo a la joven.

—Ha estado muy bien —murmuró él, cuando estuvieron lejos del sujeto.

—Me pareció que debía ayudarle en algo —cuchicheó Nadia—. Venga a verme otro día, a mi casa.

—Iré, pero no olvide lo que le he dicho. Aún está a tiempo. Procure curarse. —Lo haré, se lo prometo.

CAPÍTULO IX

Estaba sentado en el gran salón, contemplando distraídamente el panorama espacial. Theynes llegó y se sentó frente a él.

—Las chicas han dicho que fue usted quien las golpeó —habló con sequedad.

—Si —admitió Holt sin inmutarse.

—¿Por qué lo hizo?

—En primer lugar, como una especie de homenaje a Gaby Rumm. Luego pensé que no estaría mal que alguien se llevase un pellizco de doscientos cincuenta mil. Yo mismo he ganado poco más de cuatro mil. Pero no estoy muy seguro de que los billetes sean buenos. Aunque eso, sí, resulta muy difícil distinguirlos de los auténticos.

Theynes se puso verde de rabia.

—Entonces, fue usted el que hizo la trampa —acusó.

Holt se echó a reír. Sujetaba con los dientes un largo cigarro, que no había encendido en ningún momento. Lo tomó con ambas manos y, con un ligero esfuerzo, lo partió en dos.

Una diminuta caja alargada, que no medía más de tres centímetros de largo, por uno de grueso, prolongada en una antena de seis centímetros de longitud, apareció ante los asombrados ojos de Theynes.

—Conque era eso —dijo—. Conocía muchos trucos, pero éste es enteramente nuevo para mí.

—Según apretaba los dientes, más o menos, las ondas electromagnéticas, dirigidas por la antena, influenciaban la velocidad de la bola de la ruleta en sus últimas casillas, frenándola de modo conveniente —explicó Holt con plácido acento.

—Y me estafaron un cuarto de millón...

—¿Puede probarlo? Si ¡reclama a la señorita Rodden, haré que la policía examine sus billetes. ¿Se imagina lo que pasará cuando la gente sepa que aquí se paga a los ganadores con moneda falsa?

Theynes lanzó un gemido. Holt reía divertidamente.

De pronto, Theynes reaccionó y emitió una orden:

—Póngase en pie.

Holt obedeció sin protestar.

—Acompáñeme —dijo el otro.

Momentos después, estaban' en un salón forrado de terciopelo rojo. Un enorme ventanal de forma circular, permitía ver la Tierra a treinta y seis mil kilómetros de distancia.

—¿Y bien, Theynes?

—Aguarde un momento.

Minerva llegó segundos más tarde.

—¿Qué sucede, Jack? —preguntó.

Theynes le contó lo ocurrido. Minerva miró a Holt con expresión de reproche.

—No deberías haberlo hecho, Blaise —murmuró.

Theynes sacó una pistola.

—Voy a matarle, Holt —anunció.

—¿Qué harán con mi cadáver? —preguntó Holt, sin impresionarse demasiado por la amenaza.

—Cerraremos el salón. Luego, cuando la gente se haya marchado, tiraremos su cuerpo al espacio.

Holt fijó la vista en Minerva.

—¿Estás de acuerdo, hermosa? —preguntó.

Los labios de la mujer temblaron.

—Ya no puedo retroceder —dijo.

De pronto, Holt reparó en los ojos de Minerva. Fue a decir algo, pero prefirió abstenerse.

—Está bien —dijo—. Voy a volverme de espaldas; no quiero ver la pistola en el momento del disparo.

Giró sobre sus talones, pero, un segundo después, se dejaba caer hacia atrás. Con un poderoso impulso de los hombros y los brazos, levantó los pies y golpeó la cara de Theynes, que cayó de espaldas, lanzando un rugido de dolor,

Holt se puso en pie agilísimamente. Minerva chilló, a la vez que se arrojaba sobre la pistola. Holt rió al golpearla en la parte más carnosa de su anatomía. El golpe no tuvo nada de suave y Minerva salió disparada hasta el diván más próximo.

—Cleo Varga está aquí —dijo Holt.

Minerva y Theynes estaban sentados en un diván. Su aspecto no tenía nada de optimista.

—No sabemos nada —contestó ella.

—Ya no la hemos vuelto a ver —añadió Theynes.

—Hace días, alguien me preparó una trampa, que pudo costarme la vida, si yo no hubiera recelado algo —habló Holt calmosamente—. En cuanto me vieron aquí, decidieron que mi presencia podía ser perjudicial. Una muerte por descompresión súbita no levantaría sospechas; a veces, se produce la "fatiga" molecular de los cristales y éstos explotan, lo que permite que el aire escape al vacío.

La pistola que Holt sostenía en la mano apuntó hacia la lucerna.

—Les doy un minuto exactamente para que me digan dónde está Cleo —añadió, tajante.

Minerva lanzó un chillido de horror. Theynes Juró en voz baja.

—Está bien, le diremos dónde está la chica —se resignó.

Holt se echó a un lado y movió la cabeza.

—Vamos —ordenó.

Theynes y la joven se pusieron en pie.

—Llevaré la pistola en el bolsillo —anunció Holt—. Recuérdenlo constantemente.

—No podríamos olvidarlo —dijo Theynes con acento de amargura—. Pero usted debe pensar en que somos más poderosos.

—Les destruiré —contestó Holt sin inmutarse.

Minutos más tarde, Theynes abrió una puerta.

—¡Blaise! —gritó Cleo.

—Sal —sonrió Holt.

Cleo se atusó maquinalmente el cabello.

—Sabía que vendrías —dijo, al cruzar el umbral de la

puerta de su encierro.

—Claro —contestó él—. Minerva, Theynes, adentro.

La pareja obedeció, ambos resignados, pero llenos de furor. Holt echó la llave y luego fundió la cerradura de un disparo técnico.

Cleo se colgó de su cuello.

—¡Mi salvador! —suspiró.

—Preciosa, las efusiones para más tarde. Ahora conviene que nos vayamos. Hablaremos durante el viaje de vuelta.

—Sí, Blaise.

* * *

El cohete se precipitó hacia la Tierra. Una vez establecida la órbita adecuada, Holt conectó el piloto automático, sacó un cigarro y se lo puso entre los dientes.

—Ahora ya puedo fumar tranquilamente —sonrió.

—Me tienes pasmada —confesó ella—. ¿Cómo supiste que yo estaba en el satélite?

—¿En qué otro sitio podías estar?

—Sí, tienes razón, parecía lógico..., pero aunque confiaba en ti, a veces me sentía desesperada.

—Lo comprendo. Sin embargo, no entiendo por qué te raptaron.

—Robé ciento veinte mil, ¿sabes?

—Sí, me acuerdo perfectamente. ¿Querían que les devolvieses el dinero?

—No me lo pidieron. Lo que querían, en realidad, eran dos cosas: saber de dónde había tomado los fajos de billetes y si había visto algo comprometedor.

Holt entornó los ojos.

—Tendré que hacer una visita a Howton Lasky —dijo—. Él es, quien, en realidad, mueve los hilos de la trama, aunque Minerva y Theynes sean peones distinguidos en su organización.

Después de llegar a su casa y tomar algún alimento, Holt hizo una llamada.

—Si —le dijo su interlocutor—, está aquí y la hemos internado. Saldrá adelante.

—Gracias, "doc". Salúdala en mi nombre —se despidió Holt. Luego se volvió hacia Cleo—. Es el doctor Cranston. Dirige un centro de rehabilitación de adictos al "euphorxyl".

—Y tú le has enviado una paciente...

—Es la chica de que te he hablado. Tiene la misma edad que mi esposa cuando empezó a tomar la droga —contestó él sombríamente.

—Celebro que la hayas ayudado —dijo Cleo—. Tú conocías a Minerva —añadió.

—Hubo un tiempo en que íbamos a casarnos. Nuestros sentimientos son ahora muy distintos —repuso Holt, mientras marcaba una cifra en el teclado del videófono.

A los pocos segundos, oyó la respuesta:

—¿Quién es?

—Holt. Ed, necesito algo de ti.

Cleo se dio cuenta de que la pantalla no reflejaba ningún rostro. Debía de tratarse de algún tipo que no quería ser visto por otras personas.

—¿Difícil? —preguntó el confidente.

—Tal vez.

—Doscientos.

—Trescientos, para una información de urgencia, Ed.

—Está bien, suéltelo.

—Jaddy Bhuhr.

Ed se echó a reír.

—Un dinero muy fácil, jefe —contestó—. Es el dueño del Golden Rocket, dieciséis, seis mil veinte.

—Tendrás la "pasta", Ed —se despidió Holt.

—¿Piensas ir a ver a ese Bhuhr?

—Ahora mismo, Cleo.

Ella se puso en pie.

—Te acompañaré —dijo.

—Te sientes curiosa, ¿eh?

—Y también temerosa de quedarme sola.

Holt rió suavemente. Luego agarró a la chica y la empujó hacia la puerta.

—Tengo entendido que en el Golden Rocket, se cena de maravilla. Y según tengo entendido, tú eres una chica a la que no le preocupa la báscula en absoluto.

—Lo único que podría preocuparme sería la factura, pero yo no voy a pagar —contestó Cleo maliciosamente.

CAPÍTULO X

Inesperadamente, cuando estaban en lo mejor de la cena, Holt frunció el ceño.

—¿Qué te pasa? —preguntó Cleo, que había advertido el gesto.

Holt agitó una mano. Un camarero acudió en el acto.

—Llévese el plato —ordenó—. La carne está podrida.

El camarero se quedó viendo visiones.

—Pero, señor...

—Huele que apesta. ¿Cuándo mataron el novillo? ¿En los tiempos de Billy *el Niño*?

—Señor, la carne que servimos aquí es siempre fresca...

—El fresco es el dueño, y no he pedido conejo, por fortuna, porque no estoy seguro de que no me hubieran servido gato.

Cleo empezó a comprender y se tapó la boca con la servilleta. Algunos clientes empezaban ya a mirar hacia la mesa.

El camarero tenía la cara roja.

—Ruego al señor...

—¡He dicho que se lleve este trozo de carne putrefacta!

—Sí, sí, señor, al momento...

Llegó el *maître*.

—¿Qué sucede, Butch?

—Este caballero... Dice que la carne está en malas condiciones —contestó el camarero, ya con el plato en la mano.

—Eso es imposible —dijo el *maître* con acento de herido orgullo.

—¡Je! Estuve en Marte hace cuatro años y se me murió el "yak" que transportaba mi equipaje. Por fortuna, vinieron a rescatarme, pero la carne de la bestia olía a colonia de rosas, comparada con ese nauseabundo filete —dijo Holt críticamente.

—Le traeremos otro plato...

—¡No quiero más carne podrida!

El *maître* se dio cuenta de que las protestas de aquel cliente podían crear una difícil situación al local.

—Si el señor tiene la bondad de acompañarme, tal vez podamos arreglar este asunto —dijo.

—Es lo que estaba deseando. Vamos, Cleo.

La chica suspiró al verse obligada a abandonar su filete a medio comer. Estaba riquísimo y sólo por no dejar a Holt en mal lugar, no lo puso entre dos rebanadas de pan y continuar comiéndolo por el camino.

El *maître* les guió hasta una puerta en la que se leía el rótulo : DIRECCION. PRIVADO. Llamó y abrió a los pocos instantes.

—¿Qué hay, François? —preguntó alguien desde el interior.

—Perdón, señor Bhuhr; este caballero, desea formular una reclamación sobre la cena...

Bhuhr se puso en pie. Era un sujeto de rostro cetrino y elevada estatura, vestido impecablemente a una moda que, aunque pasada ya en más de siglo y medio, todavía tenía éxito en determinadas circunstancias.

—Entre, caballero —invitó cortésmente—. Tal vez yo pueda atender su reclamación.

—Eso espero, Pasa, Cleo.

La puerta se cerró. Holt y Cleo quedaron a solas con el dueño del local.

—Está bien —dijo Bhuhr secamente—. Ya sé que quieren hacerme un chantaje. ¿Cuánto?

—Se equivoca, amigo —contestó Holt con acento frío—. No hemos venido a sacarle unos "pavos" mediante un escándalo fingido.

—¿No? —Bhuhr arqueó las cejas—. Entonces, ¿qué diablos quieren?

—"Euphorxyl".

* * *

Un profundo silencio gravitó sobre la estancia. Los ojos de Bhuhr se achicaron.

—No sé de qué me está hablando —dijo al cabo.

—Vamos, vamos, Jaddy; Nadia Rodden me habló muy bien de usted. Tenemos cuatro mil neodólares. Denos las dos primeras series de dosis y no se hable más del asunto.

—Le repito que...

La mirada de Holt fue hacia el cuadro que había detrás de la mesa de Bhuhr y que representaba una puesta de sol en el desierto de Arizona.

Bhuhr se estremeció ligeramente.

—De modo que Nadia...

—Sí.

—Está bien. Enseñe la "pasta".

Holt puso sobre la mesa cuarenta billetes de cien.

—¿Así?

Bhuhr hizo un gesto de aquiescencia. Hizo girar el cuadro a un lado y la caja fuerte que había debajo quedó al descubierto.

Los dedos del hombre manejan la combinación. Al abrir la caja, metió la mano.

Pero en lugar de sacar la droga, sacó una pistola. Al volverse, una mano de dedos de hierro se cerró sobre su muñeca.

—Suelte ese chisme —sonrió Holt.

Apretó con todas sus fuerzas. Bhuhr lanzó un chillido de rata y cayó sentado en su sillón.

Holt lanzó el arma a la muchacha.

—Vigílalo, Cleo.

—O.K., jefe —contestó ella, muy seria.

Bhuhr se frotaba la muñeca, que le parecía pulverizada. Tranquilamente, Holt registró la caja fuerte, lanzando a un lado el dinero.

Encontró abundantes papeles. Ninguno de ellos, sin embargo, mencionaba el dato que buscaba con tanto interés.

En un compartimento interior de la caja, Holt encontró un enorme montón de sobrecitos, que, en conjunto, pesarían casi cuatro kilos. La droga quedó sobre la mesa, a la vista.

—Jaddy, será mejor que hable —dijo—, ¿Quién le proporciona la mercancía?

Bhuhr apretó los labios, como indicando que estaba

dispuesto a guardar silencio.

—Está bien. Le sentaré sobre esos paquetes de droga. Luego arrimaré una cerilla encendida y...

—¡No! —gritó Bhuhr, llenó de pánico.

—Entonces, hable.

—Viene del satélite.

—Me lo suponía. ¿Cada cuánto tiempo le traen droga...?

—Seis meses, pero yo no soy el único...

—Sí, ya me lo imagino. ¿Dónde está la plantación?

—Lo siento, ya no llego hasta ahí.

Holt escribió algo sobre un papel. Luego se lo enseñó al sujeto.

—¿Qué significa esto? —preguntó.

Bhuhr leyó la serie de cifras y letras que había escritas ante sus ojos.

—Lo ignoro.

Holt tenía la suficiente perspicacia para saber cuándo eran sinceras las personas. Y, por otra parte, era lógico que la red de traficantes estuviese lo suficientemente compartimentada como para impedir brechas demasiado grandes en ella.

—Está bien, Jaddy, ha sido usted muy amable —sonrió Holt.

Bhuhr continuaba todavía en el mismo sitio. Holt recogió todos los papeles y los amontonó encima de los paquetes de droga. Luego sacó una tira de fósforos.

—¡No, eso no! —chilló el sujeto.

Holt le golpeó con el codo en la mandíbula. Bhuhr lanzó un rugido y cayó hacia atrás, junto con el sillón.

—Abre la puerta, Cleo —indicó Holt.

La muchacha retrocedió. Apenas había abierto, Holt aplicó un fósforo encendido a los papeles.

Segundos después, brotó una enorme llamarada. Holt se precipitó hacia el pasillo.

—¡Fuego, fuego! —gritó, con toda la potencia de sus pulmones.

El resplandor de las llamas fue visto por los clientes más próximos. Una terrible estampida se produjo inmediatamente.

El *maitre* y los camareros trataban de calmar a la asustada clientela. Fue inútil, la masa los arrolló como si hubieran sido plumas.

Holt tiró de la mano de Cleo y se la llevó hacia una salida posterior. Después de las llamas, una espesa nube de humo brotaba por la puerta del despacho de Bhuhr.

El local quedó hecho una ruina. Mesas y sillas aparecían volcadas y destrozadas, junto con una enorme cantidad de vajilla. Algunos, en su ansia por escapar del que suponían mortífero incendio, rompieron las vidrieras a silletazos.

Hubo un cliente que, menos ágil, resultó atropellado por la masa humana en fuga. Howton Lasky maldijo largamente la idea que había tenido aquella noche de cenar en el Golden Rocket. Todavía seguía maldiciendo cuando, a la madrugada, su médico particular le vendó el tórax para reducir la fractura de dos costillas, lesión producida por el impacto de un pie demasiado pesado. También hubo de soportar cinco puntos de sutura en una ceja y dos en el labio inferior. Su ojo izquierdo estaba cerrado; alguien le había golpeado desconsideradamente, en su ansia por escapar de la catástrofe.

Pero también maldecía por otros motivos. El local era suyo en un noventa por ciento. Y los daños sufridos le iban a costar un buen pico.

* * *

—Eres un ciclón —dijo Cleo, riendo, mientras regresaban a casa

—Te prepararé un par de bocadillos —contestó Holt.

—No tengo hambre.

—Preciosa, siento haberte estropeado la cena. Pero me pareció el mejor medio de llegar hasta Bhuhr.

—Ya lo sé ahora. De todas formas, no hemos conseguido nada

—Cuatro mil gramos, a dos mil dólares cada uno, son ocho millones de neodólares convertidos en humo. Eso no les va a gustar nada.

—Me lo imagino. Pero no acabo de comprender cómo envían la droga desde el satélite.

—Es un centro de recepción y distribución. Ahora, sin embargo, lo que nos interesa es saber cuándo llega el próximo cargamento.

—¿Quién nos lo dirá?

—Lasky. Y también nos dirá dónde están las plantaciones.

—Recuerda, tiene la casa muy protegida.

Holt asintió.

—No lo olvido ni por un momento. Pero creo tener un plan para entrar en ella, no sin ser visto, sino sin correr peligro. Sin embargo, necesito tu colaboración.

—De acuerdo. ¿Qué es lo que debo hacer?

—Te lo diré mañana. ¿Dónde piensas pasar la noche?

Cleo rió maliciosamente.

—Dormiré detrás de una puerta, en cuya cerradura habré apoyado una silla —contestó.

Poco más tarde, llegaban a casa. Holt fue a la cocina y preparó café. Mientras lo tomaba, permanecía en actitud pensativa. Cleo no quiso interrumpir sus reflexiones.

—Es una lástima que no se me haya ocurrido antes —dijo él de pronto, rompiendo el silencio en que habían caído.

—¿Qué es, Blaise?

—El plan para entrar en casa de Lasky. De todas formas, aún no es tarde. Mañana saldré muy pronto; tú estarás todo el día en casa. Y no te asomes a las ventanas para nada, ni abras a nadie, sea quien sea, ni descorras las cortinas. ¿Entendido?

—Sí, Blaise.

Holt sonrió ligeramente.

—Buenas noches, Cleo.

—Espera un momento. Ven —llamó ella.

Holt se acercó a la chica. Cleo le puso las manos sobre los hombros.

—Eres demasiado caballero. Te concedo un beso —dijo, con brillante sonrisa.

—No —rechazó él.

—¿Por qué? ¿De qué tienes miedo?

—De mí mismo. Gracias, sin embargo. Buenas noches, Cleo.
Ella se quedó sola. Sonreía.
—Ha sido mejor así —murmuró al cabo de unos minutos.

CAPÍTULO XI

Veinticuatro horas más tarde, Cleo, tumbada en el suelo, estaba a cien pasos escasos de la alta tapia que rodeaba el extenso jardín, en cuyo interior se hallaba la lujosa residencia de Lasky.

Cleo reflexionaba. Tenían una pista, pero no conseguían dar con la clave. ¿Qué significaba aquella serie de letras y cifras, halladas en casa de Tupper?

De pronto, un chispazo brilló en su mente.

—Pero, qué tonta he sido —murmuró—. ¿Cómo no lo he recordado antes?

Ahora, sin lugar a dudas, estaba segura de haber adivinado la clave. En aquellos momentos, habría dado algo bueno por comunicarse con Holt, pero le era imposible.

Consultó el reloj. Ya sólo faltaban cinco minutos para la hora que Holt le había señalado.

Preparó el rifle. Era grande, de tamaño desusado, aunque fabricado con una aleación muy ligera, que le restaba peso considerable.

El arma estaba provista de silenciador y anulador de retroceso. También tenía mira de infrarrojos, para visión nocturna.

El cañón del arma enfiló el borde de la tapia, por donde corría una triple hilera de alambres electrificados. Cleo apretó el gatillo.

Sonó una fuerte explosión. Luego se vio un chispazo azulado, vivísimo, de gran intensidad.

Cleo continuó haciendo fuego. Los proyectiles, de dieciséis milímetros, eran altamente explosivos y causaban el mismo efecto que una granada de 40 mm. En el interior de la casa, se produjo una gran confusión.

Los disparos iban dirigidos principalmente a la zona de la puerta. Lasky salió de la casa.

—¡Busquen a los atacantes! —aulló.

Media docena de guardias se precipitaron hacia la puerta. Retrocedieron velozmente, cuando dos proyectiles hicieron saltar el dintel en mil pedazos.

Cleo suspendió el fuego. Ya había cumplido con su parte. Ahora sólo faltaba desear que Holt realizase su plan con pleno éxito.

En su lujosa residencia, Lasky bramaba de ira. No sólo sentía el dolor de las heridas, sino que se sentía furioso por lo que acababa de ocurrir. Además, había tenido noticias directas de Bhuhr. El supuesto cliente descontento, luego sedicente comprador de "euphorxyl", había sido identificado.

Lasky estaba furioso. Aquel maldito capitán Holt había salido indemne de todas las trampas que le había tendido.

—Pero su suerte se le acabará un día u otro...

El jefe de vigilantes entró en la casa.

—No hemos podido encontrar al atacante, señor —informó.

—Está bien, sigan vigilando.

—Sí, señor.

Lasky dio media vuelta. Las explosiones habían interrumpido su sueño, difícilmente conciliado a causa del dolor del tórax. Fue a su dormitorio y entonces vio a un hombre sentado en una butaca, sonriendo alegremente.

—¿Qué tal, Lasky? —saludó Blaise Holt.

* * *

La mano derecha de Lasky fue al bolsillo de su lujoso batín. Holt movió su pistola.

—No, no, nada de armas. Quítese el batín y apártese media docena de pasos.

Lasky obedeció, bramando de furia impotente. Holt se echó a reír.

—No tiene usted un aspecto demasiado apolíneo,

contemplado en pijama —comentó.

—Supongo que no ha venido a hablar aquí para discutir mi figura corporal —rezongó Lasky.

—No, claro que no; he venido para que me diga dónde están las plantaciones de "euphorxyl".

—Podría decirle que no sé nada, pero a estas alturas, las ficciones son inútiles. Simplemente, no se lo diré, capitán.

—Ex capitán, Lasky; usted tiene buenas relaciones en las altas esferas y sabe de sobra que fui obligado a dimitir.

—Por una acción deshonesta, cometida con la esposa de su jefe, Helena van Ackhra.

—A decir verdad, ése fue el pretexto. También sabe usted que el trasfondo de mi forzada dimisión es muy distinto. Pero no hablemos de esto ahora; antes ha sido usted elogiosamente franco. Sabe dónde están las plantaciones de "euphorxyl", pero se niega a decírmelo.

—Exactamente —confirmó Lasky sin pestañear—, Y usted no va a torturarme ni mucho menos disparar contra mí, a sangre fría.

—Posee usted un sutil conocimiento del alma humana —rió Holt—. No voy a matarle, por supuesto, pero podría quemarle un pie.

Lasky se puso pálido.

—No lo hará —gruñó.

—Todo depende de sus deseos de colaborar conmigo.

—Escuche, tengo dinero...

—Mucho dinero, pero no me importa. Es usted un asesino, aunque no haya cometido ninguna muerte personalmente. Al menos, en los últimos años; en los inicios de su carrera, no se sabe. Si piensa que voy a tenerle compasión, está muy equivocado.

—Capitán, todavía podemos arreglarnos. No es usted el único...

—Ya me lo imagino —dijo Holt fríamente—. Pero no, conmigo no dará en el blanco.

Lasky se encogió de hombros.

—Adelante, dispare cuando quiera —murmuró.

Holt le miró escrutadoramente. Aquella actitud no parecía propia de un sujeto amante de la vida y de sus goces, no siempre lícitos u honestos.

"¿Tenía Lasky alguna carta en reserva?", se preguntó.

—Oiga —dijo de pronto—, ¿es cierto lo de los billetes falsos?

Lasky se sobresaltó.

—¿Qué sabe usted al respecto? —preguntó.

—Todo lo que usted me diga.

—Entonces, no sabrá nada.

—Temo que la señorita Varga se llevó ciento veinte mil neodólares legítimos. Su caja fuerte es demasiado grande, hay varios estantes y quizá eligió el dinero acertado, pero involuntariamente. ¿También monedero falso, Lasky?

—Me siento cansado de estar en pie. ¿Puedo sentarme? —consultó súbitamente el individuo.

—Oh, por favor, dispénsame.

Lasky se sentó en otro sillón, situado justamente frente a Holt. De repente, Holt sintió como una especie de timbre de alarma en su cerebro.

El instinto le hizo echarse a un lado. Un chorro de fuego brotó de uno de los brazos del sillón en que estaba sentado Lasky. Al mismo tiempo, sonaba un estampido.

Holt había disparado el cañón de balas corrientes de su pistola. Su proyectil hirió a Lasky en un brazo, aunque de manera superficial. Sin embargo, fue suficiente para derribarlo a un lado.

Pero el disparo había hecho ruido. Ya no podía perder más tiempo en aquella casa.

El sillón en que había estado sentado, humeaba. Lasky bramaba como un búfalo herido.

Holt se imaginó de sobras lo que iba a ocurrir ahora: los secuaces de Lasky irrumpirían en tromba, disparando a diestro y siniestro. Eran demasiados para él.

En dos saltos, se situó junto a la ventana, que atravesó con tremendo ímpetu. Volteó en el aire, rodó por el suelo, se levantó ágilmente y echó a correr.

Dentro de la casa sonaron gritos. Los guardias ya estaban en el dormitorio de Lasky. Holt alcanzó un macizo de flores, pasó al otro lado, se inclinó y agarró una especie de chaleco metálico, que se puso en el acto, sujetando los cierres con una par de puñetazos.

—¡Allí, allí! —rugía Lasky.

Holt tiró de la palanca de mando. El propulsor individual salió disparado a lo alto.

En el jardín y en el dormitorio, una docena de sujetos vieron pasmados aquellos dos chorros de fuego, que ascendían con increíble rapidez.

—¡Disparen, disparen! —aulló Lasky.

Cleo también vio las estelas rojas. Inmediatamente, abrió el fuego con su rifle, esta vez directamente contra la casa.

Los proyectiles empezaron a estallar fragorosamente, provocando la desbandada de los guardianes. Lasky, con lágrimas de rabia en los ojos, rugía ferozmente; al dolor de las heridas de la víspera, debía añadir ahora el del balazo recibido momentos antes.

Los chorros de fuego desaparecieron en la noche. Lasky blandió el puño del brazo sano en dirección a las alturas.

—¡Te mataré, juro que te mataré! —gritó fuera de sí.

Minutos más tarde, Holt y Cleo se reunían en el lugar convenido de antemano.

—Lo has hecho muy bien, preciosa —dijo él, mientras lanzaba el propulsor al asiento posterior del cohete.

—¿Has conseguido algo? —preguntó Cleo, ya a los mandos del aparato.

Holt meneó la cabeza.

—Prácticamente, nada —respondió.

—¡Oh!

—Ese Lasky está lleno de trucos. Tenía una pistola fundente oculta en el brazo de su sillón. Si no ando listo, me quema vivo.

—No te preocupes, Blaise, no se ha perdido todo.

El cohete volaba ya a gran velocidad. Holt se volvió para mirar el rostro de la muchacha, débilmente iluminado por el resplandor del cuadro de instrumentos.

—Tú sabes algo —adivinó.

—Si, Blaise, lo lamento; soy muy torpe. Debía haberlo pensado antes, sobre todo, teniendo en cuenta que, años atrás, intervine en un par de operaciones de ese género.

—Bueno, ¿por qué no hablas de una vez?

— 107-E-VT-XYE-44/3" es el número de registro de la inscripción de propiedad de un cuerpo celeste en favor de una persona que ha solicitado le sea adjudicado, según la ley 80/2.089. Esta ley prescribe que toda persona física o jurídica que solicite la propiedad de un cuerpo celeste, por descubrimiento o compra, puede obtenerla, mediante el pago del canon e impuestos correspondientes y siempre que informe periódicamente de los trabajos que se realizan en ese astro, que no podrán ser otros que los indicados en la solicitud de inscripción de propiedad.

Holt silbó.

—¡Chica, cuánto sabes! —exclamó, admirado.

—Un titulado contable, y yo lo soy en cuarto grado, equivalente al doctorado, debe saber no sólo de números, sino de leyes.

—Doctora y todo —dijo él zumbonamente.

—Pero hasta los doctores tienen mala memoria —se acusó Cleo con acento compungido.

Holt alargó el brazo y rodeó los hombros de la muchacha.

—No te preocupes. Lo has recordado y eso es suficiente —dijo—. Ahora, supongo que bastará con ir al Registro y enterarse de la posición celeste de ese asteroide.

—Exacto, porque la misma ley dice que la situación en el espacio del cuerpo celeste cuya propiedad se ha solicitado, no podrá estimarse como secreto oficial.

—El pobre Tupper llegó a saber algo sobre el particular y por eso lo asesinaron.

—Sí, pero dejó la clave detrás del cuadro. ¿Por qué?

—Quizá presentía algo, tal vez registraron su casa, todavía él con vida, pero negó saber nada..., ignorando que ya estaba condenado a muerte.

—Es probable —convino Cleo—. Blaise, ¿qué piensas hacer

ahora?

—Iremos al asteroide maldito y quemaremos las plantaciones de "euphorxyl".

CAPÍTULO XII

—He descubierto algo —dijo él, dos días más tarde.

—¿Sí? ¿Qué es? —preguntó Cleo.

—Probablemente, las fechas de las llegadas de las naves con cargamento de "euphorxyl". Starr nos dijo que le entregaban la mercancía cada seis meses. Una planta de "euphorxyl", sembrada hoy, puede ser recolectada a los cinco o seis meses. Los cargamentos llegan al satélite de Minerva regularmente, cada dos meses.

—Eso significa tres plantaciones.

—Exacto. Pero el satélite "descansa" de la clientela dos veces al mes. Sólo queda allí el personal indispensable para la limpieza, revisión de instrumentos, renovación de provisiones ... y éstas suben desde la Tierra por medio de cohetes.

—Que reciben la carga traída desde el asteroide.

—Exacto. Y puesto que hoy es viernes, y el lunes hará quince días...

—Llegará una carga al satélite.

—Sí. Allí, la hierba no permanece más que el tiempo necesario para el trasbordo. Por eso, cualquier registro, resultaría inútil.

—¿Viene tratada ya desde el asteroide?

Holt se echó a reír.

—¡Cleo, qué poco sabes sobre el "euphorxyl"! —exclamó—. No necesita más tratamiento que esperar a su secado, tras la granazón, y eso es algo que se realiza naturalmente... Si tú quisieras tomar un gramo de droga, bastaría con que pulverizases la hierba sobre una copa llena de vino corriente. Nada de aparatos, con las palmas de las manos basta. El alcohol disuelve la hierba, sin hacerle perder ninguna de sus cualidades, ¿comprendes? Ahora bien, si tus gustos son más refinados, puedes disolverla en champaña, jerez, whisky...

—¡Brrr...! —dijo Cleo—, No lo tomaría por nada del mundo. Bueno, y ya que sabes tanto, ¿cuál es el plan definitivo?

—Aguarda un poco, tengo que hacer una llamada al

astropuerto. Quiero que alisten mi cohete, ¿sabes?

Holt se acercó al videófono y marcó un número. Una cara de hombre apareció a los pocos segundos en la pantalla.

—¿Señor Holt?

—Hola, Paddy. Han alistado ya mi cohete, ¿no es cierto?

—El nuevo, supongo.

—Sí, eso es. Pero ignoro la matrícula...

—Tome nota, por favor.

Holt buscó un lápiz y un papel.

—Adelante, Paddy —invitó.

—EE-ROT-45-500. ¿Lo ha anotado?

—Sí, desde luego.

De pronto, Cleo vio que Holt señalaba con el cabo del lápiz una finísima raya que aparecía en la mitad de la pantalla.

—Está bien, Paddy. Muchas gracias. Haga el favor de pasar la nota de gastos a mi cuenta bancaria.

—Sí, señor.

Holt cortó la comunicación. Cleo preguntó:

—¿Por qué me señalabas esa raya?

—El videófono está intervenido, nena.

Cleo se puso una mano en la boca.

—Entonces, han estado escuchando...

—Y viendo —sonrió él—. La línea que veías era la interferencia de un aparato ajeno que grababa las dos conversaciones y las dos imágenes.

—Son capaces de ponerte una bomba en el cohete, Blaise.

—Espero que lo hagan —contestó él tranquilamente.

* * *

Durante los tres días siguientes, Holt apenas si paró en casa. En cambio, Cleo, que no se atrevía a contradecir sus órdenes, no salió para nada.

—Me estoy consumiendo —dijo el domingo por la noche, cuando le vio regresar.

—Lo siento, Cleo; he tenido trabajo, demasiado trabajo, a

decir verdad.

Holt se derrumbó sobre un sillón.

—Necesitas una copa —dijo ella, mirándole con simpatía.

—No lo sabes bien. —Holt se puso un cigarro entre los dientes—. Te llevaría a cenar de buena gana, incluso luego a un espectáculo, pero quiero descansar, para encontrarme mañana en plena forma.

—¿No temes que vengan a buscarnos aquí?

—No. Ya te dije que pondrán una bomba en el cohete.

—Pero nosotros...

—¿Qué hay de esa copa?

Cleo se echó a reír.

—Perdón, lo había olvidado.

Más tarde, sentada en el diván, se acurrucó en los brazos del hombre.

—Voy a cumplir veinticinco años, Blaise —murmuró.

—Una edad magnífica, Cleo.

—Pero estoy soltera.

—¿No te has enamorado nunca?

—Alguna vez, aunque sin trascendencia, ¿sabes?, no encontraba nunca un pretendiente a mi gusto. Soy demasiado alta...

—Para mí, no es inconveniente.

—Todavía no me has pedido que me case contigo. Y dudo mucho de que lo hagas.

Holt la besó suavemente.

—Cuando volvamos de Koestrus —contestó.

Koestrus era el nombre del satélite en el que unos desalmados cultivaban la hierba que envejecía y mataba a una persona en dos o tres años.

Veinticuatro horas más tarde, Howton Lasky, desde la ventanilla de su cohete privado, contempló la partida del tripulado por Holt y la chica.

—Buen viaje, idiotas —dijo, satisfecho.

El cohete se perdió en la noche. Lasky añadió una orden:

—Despegue inmediato, Brod.

—Sí, señor —contestó el piloto, hombre de su entera

confianza y que sabía de sobra los motivos del viaje.

El segundo cohete se elevó a poco.

—Sítuate en la estela del cohete de Holt, Brod.

—Bien, señor.

El viaje hasta el satélite duraba unas tres horas. Lasky tuvo tiempo de echar una cabezada.

Cuando faltaban un par de miles de kilómetros, alzó la cabeza.

—Brod, ¿todo bien?

El piloto no contestó. Lasky observó que parecía preocupado.

—Brod, ¿qué diablos ocurre? —preguntó.

Lasky observó que el piloto examinaba ansiosamente los instrumentos. En la pantalla de visión telescópica se reflejaba ya la imagen del satélite.

De repente, Brod lanzó una interjección. Levantó la tapa de un panel y examinó las inscripciones grabadas en su interior.

Un chillido de pánico brotó de sus labios:

—¡Este no es nuestro cohete

Lasky se levantó a medias en su asiento.

—Pero, ¿qué diablos estás diciendo? Yo mismo vi la matrícula pintada en los costados...

—¡Mire! —aulló el piloto—. Aquí están los números de serie y de fabricación, junto con los de la matrícula.

Los ojos de Lasky se desorbitaron.

—Entonces, ese maldito Holt nos ha dado el cambiazo...

Brod asintió lentamente. En aquel momento, el cohete volaba hacia el satélite de diversión a una velocidad cercana a los doce mil kilómetros por hora.

—Tenemos que escapar de aquí —gritó Lasky—, Nos pondremos los trajes de vacío...

—Usted ordenó retirarlos y colocar también unos mecanismos que bloquearían la escotilla, por si Holt usaba las píldoras de oxitensión —contestó el piloto.

Lasky empezó a llorar. Por contra, Brod rompió a reír.

—Tengo ganas de saber qué se siente cuando todo esto explota —dijo—. El satélite explotará también y... Lo malo es

que no podré repetirlo a nadie —agregó con resignada filosofía.

A través de la pantalla telescópica, Holt y Cleo contemplaban el vuelo orbital del cohete.

—¡Qué raro! ¿Me habré vuelto demasiado suspicaz? —murmuró Holt, intrigado por la apacible marcha del aparato en que viajaba Lasky.

—No te habrás equivocado de cohete, supongo —dijo Cleo.

—No. Lasky viaja en el mío. Y éste no es el de Lasky tampoco: aunque son de la misma clase, he tenido que acondicionarlo para un viaje de ciento veintidós millones de kilómetros.

—Comprendo. ¿Cuánto durará ese viaje, Blaise? —Después de cruzar la órbita del satélite, aceleraremos al máximo. Ahora disponemos de buenos aparatos. En cuatro días, llegaremos al medio millón de kilómetros por hora.

—Es decir, cuatro días de aceleración, más. . —Otro tanto de velocidad máxima y cuatro días más de aceleración y equiparación de órbitas con Koestrus.

—¡Qué bien! Así podré descansar a gusto, dormir todo lo que quiera, comer...

—Y engordar.

—Haré gimnasia, Blaise. De pronto, Holt lanzó una exclamación. —¿Eh, qué hacen esos estúpidos? ¿Por qué no deceleran? ¡Están a menos de mil kilómetros del satélite! Cleo consultó el radar. El puntito verdoso que veía la pantalla volaba a más de doce mil kilómetros a la hora.

En la parte inferior, aparecían las cifras calculadas por la computadora referencial. A cada segundo que transcurría, se veían unas cifras superiores.

—Se van a estrellar contra el satélite —advirtió la chica.

Holt asintió sombríamente.

—Lasky lo preparó bien, sólo que no contó que su trampa podía volverse contra él —dijo.

Graduó el mando de aumento de la pantalla visora. A trece mil quinientos kilómetros por hora, el cohete se precipitó contra el enorme cilindro que orbitaba apaciblemente en el espacio.

Primero se vio el fogonazo del impacto. Luego surgió una colosal llamarada, que despidió a gran distancia enormes fragmentos de metal.

En el costado del satélite se abrió un gigantesco boquete. Chorros de fuego empezaron a salir por el enorme orificio.

Había una astronave abarloada al costado del satélite. A los pocos segundos, explotó como un colosal petardo.

El satélite se abrió, cuarteado en pedazos por las explosiones. Más fogonazos salieron y los fragmentos se dividieron en otros, hasta que la ruina del gigantesco artefacto quedó consumada.

Holt y Cleo, impresionados por el espectáculo, guardaron silencio durante unos momentos. En la pantalla los restos del satélite se empequeñecían a medida que su nave adquiría velocidad.

—Minerva ha muerto —dijo Cleo al fin, rompiendo el silencio.

Holt asintió.

—Lo lamento profundamente. No me suponía que la trampa de Lasky fuese tan artera —manifestó.

—Sin duda, Lasky quería deshacerse también de sus cómplices. ¿Por qué, Blaise?

—Creo que Lasky había comprendido que ya era hora de dejar el negocio del "euphorxyl". Esa explosión ha matado a la inmensa mayoría de cuantos formaba: parte de su organización. Los pocos que viven, debes de serle muy adictos, cosa que quizá no sucedía con Minerva y Theynes. O si ahora le eran fieles, podías cambiar en el futuro.

—Entiendo. Pero la trampa de Lasky se volvió contra él.

—Sí. —Holt meneó la cabeza—. Minerva y yo estuvimos a punto de casarnos. Pero nunca estuve seguro de que fuese la mujer que me convenía. No me espero a la vuelta de aquella misión, y luego yo encontré a otra, a pesar de que ella intentó reconquistarme...

—Una vez dijiste que era preciso no volver la vista atrás. O una cosa muy parecida, Blaise.

Holt hizo un esfuerzo por sonreír.

—Tienes razón —contestó—. Bien, ése es un episodio ya pasado. Ahora debemos concentrarnos en lo inmediatamente futuro.

—¿Por ejemplo?

—Estudiar las características de Koestrus.

Cleo puso cara de decepción.

—Creí que ibas a decirme algo agradable —se quejó. Holt lanzó una suave carcajada.

—Tienes el aspecto de las personas que adivinan el pensamiento. Procura adivinar lo que pienso de ti en estos momentos —dijo.

—No es difícil, querido —sonrió Cleo.

CAPÍTULO XIII

El asteroide giraba lentamente sobre sí mismo, a la vez que se desplazaba a enormes velocidades, en una amplia órbita elíptica en torno al Sol.

—Hemos tenido mala suerte —se quejó Holt.

—¿Por qué? —quiso saber Cleo, con la vista fija en la enorme pantalla de televisión, en la cual se reflejaban con gran finura de detalles los accidentes de la superficie de Koestrus.

—El asteroide está ahora en el apogeo de su órbita, esto es, en el punto más alejado del Sol. Por ello hemos tenido que recorrer casi cuarenta millones de kilómetros suplementarios.

—Pero ya lo tenemos a la vista.

—A millón y medio de kilómetros —puntualizó Holt, tras una rápida mirada a la computadora de distancias.

Koestrus era un enorme pedrusco, con una vaga forma ovoidal, aunque relativamente aplanado. A Holt le parecía más estar viendo la doble concha de una tortuga, con el animal escondido en su interior.

Las dimensiones no eran demasiado grandes, unos sesenta kilómetros de largo, por cuarenta de anchura y veinticinco de grueso. El suelo era bastante irregular, con algunos elevados riscos en distintos puntos de su superficie.

—¿Tendrán radares? —preguntó Cleo después de unos momentos de silencio

—Quizá. En todo caso, hemos anulado su detección. Está prohibido severísimamente, pero... tampoco lo que hacemos es del todo legal.

—El "euphorxyl" necesita atmósfera, aunque sea muy escasa. ¿Cómo lo consiguen?

—Koestrus puede tener un núcleo central muy denso, lo que le daría una gravedad superior a la que le corresponde por su masa. Pero también han podido instalar gravitadores artificiales.

—Eso es carísimo.

—Mil gramos de la droga representa dos millones de

neodólares.

—Entiendo. Pero ¿cómo la descubrieron?

—Se conocía ya hace tiempo y se estudiaba en los laboratorios, para averiguar los efectos de la decadencia del cuerpo humano con la vejez. Parece que querían obtener una droga semejante al antiguo "gerovital", pero creo que los experimentos fracasaron.

—En un laboratorio se podrían crear artificialmente las condiciones ambientales para el crecimiento de la planta.

—Sí, pero Koestrus está más lejos y a salvo de miradas indiscretas.

—¿Tú crees?

De repente, Cleo señaló un punto situado en la pantalla.

—Si no me equivoco, estoy viendo una plantación de "euphorxyl", Blaise —dijo.

Holt fijó la vista en el punto señalado por la mano de Cleo. Sí, se divisaba una llanura de color rojo, el característico de la hierba.

Seguramente, pensó Holt, la llanura habría sido explanada con poderosas máquinas. Un poco más tarde divisó una serie de edificios de forma cupular, unidos entre sí por pasillos semicilíndricos.

—Vamos —dijo—, daremos un rodeo.

Hacía ya rato que había recobrado el mando manual de la nave. Holt hizo que el cohete describiese una amplísima curva en el espacio, a fin de llegar al asteroide por la retaguardia de los edificios.

Al cabo de un rato, dijo:

—Cleo, toma el mando. Sigue el mismo rumbo y vigila que la deceleración sea gradual, a mil kilómetros por dos minutos.

—Está bien.

Holt se levantó, acercándose a una gran consola situada en uno de los lados de la cabina de mando. La consola disponía de un teclado, con letras y cifras, más algunas teclas de control.

Trabajó durante largo rato. Al fin, la máquina envió su respuesta, que estudió atentamente en el visor correspondiente.

Rectificó ligeramente los cálculos. Luego comprobó el

tiempo de su reloj de pulsera con el de la máquina. La diferencia era de un segundo escaso, lo que no tenía la menor importancia.

Regresó junto a Cleo. Ahora estaban ya solamente a novecientos mil kilómetros del asteroide.

—¿Qué has estado haciendo? —preguntó ella.

—Preparaba una sorpresa. Ya lo sabrás en su momento.

Cleo no insistió. La imagen del asteroide se agrandaba con rapidez. Cuando llenaba la pantalla por completo, Holt manejaba el mando de aumento del aparato visual.

Tres horas más tarde, se puso en pie.

—Vamos a comer algo —dijo—. Dentro de sesenta minutos, empezaremos a prepararnos para el desembarco.

—Está bien.

Cuando llegó el instante, Holt hizo que Cleo abriese la boca. Ella obedeció, sintiendo que los dedos del hombre ponían dos bolitas entre la encía y la mejilla, una a cada lado.

—Si te ves en un apuro, por falta de oxígeno, despégalas con la lengua y trágalas —aconsejó Holt.

—¿Oxitación?

—Sí.

—El asunto se presenta feo, ¿eh?

—Nada fácil. La verdad es que debería dejarte aquí.

—Ni lo sueñes. Tú mismo dijiste que yo no te dejaría y lo cumpliré.

Holt sonrió. Se puso las píldoras de oxitación entre la encía y las mejillas y luego sacó del armario el primer traje espacial.

—La onda de radio no puede ser interferida ni captada —dijo, mientras ayudaba a la muchacha a vestirse—. Ten cuidado, es muy probable que la gravedad de Koestrus sea menor de un décimo de la terrestre. No des saltos ni te apoyes en el suelo con fuerza, para no salir rebotada al espacio.

—De acuerdo, Blaise.

Holt colgó de su pecho una cajita negra, de forma oblonga, con algunos interruptores. Luego se proveyó de una pistola fundente.

Cleo supuso que la caja era algún aparato de control remoto. Momentos más tarde, Holt abrió la compuerta interna de la esclusa.

* * *

Saltaron al suelo. La nave estaba a un par de metros de altura, anclada por un arpeo provisto de un taladro eléctrico en su punta. A Cleo le pareció que sus pies no iban a tocar nunca la superficie del asteroide.

Holt se puso en marcha inmediatamente. Ella le siguió con gran cautela. Treinta minutos más tarde, alcanzaron la cima de un cerro negro, muy árido y rugoso. Tendidos boca abajo, contemplaron la media docena de cúpulas que había a unos quinientos metros de distancia.

Más allá, ligeramente a la derecha, estaban los campos de "euphorxyl". Holt observó tres distintas alturas de la hierba. Sus sospechas se confirmaban; cada dos meses, un cargamento de la mortífera hierba era enviado a la Tierra.

Cada campo medía doscientos metros de lado, aproximadamente, ya que su contorno tenía la forma de un cuadrado.

—Seis hectáreas —calculó rápidamente.

—Toneladas de hierba —dijo Cleo.

Holt asintió. Iba a ponerse ya en pie, cuando, de pronto, vio algo que le hizo detenerse.

—Alambrada —murmuró.

—¿Eléctrica?

—Es de suponer. Y queda a suficiente distancia de la hierba, para no poder alcanzarla con un disparo de la pistola fundente.

—Sospecho que no habías previsto esta circunstancia.

—A decir verdad, no; pero es que uno no puede estar en todo. .

Cleo observó la alambrada. En realidad, era una valla de diez metros de altura, de red metálica, bastante tupida. La distancia de la valla al borde de los campos de hierba era de más de cien metros.

El conjunto de cúpulas quedaba dentro del recinto. Holt titubeó un momento.

—Vamos, hemos de acercarnos un poco más; ya pensaré algo por el camino.

Descendieron unos centenares de metros. Las cúpulas eran transparentes, salvo en los servicios. Había una docena de hombres.

Dos aparecían en el exterior, equipados con trajes de vacío. En sus manos tenían una herramienta muy común: una segadora mecánica, provista de su correspondiente saco para recoger la hierba.

Estaban ya a menos de cien metros de la valla, sobre un pequeño risco, a un nivel ligeramente superior al de la valla. De pronto, Holt divisó a dos personas que se acercaban a una de las esclusas, provistas de sus correspondientes trajes de vacío, pero aún con las escafandras en la mano.

—¡Cielos, no lo puedo creer! —exclamó.

—¡Minerva! —dijo Cleo, no menos asombrada que lo que estaba él.

—Y Theynes.

—Han escapado con vida...

—Debieron de salir antes. Quizá Lasky les avisó.

—Entonces, sabían que el satélite iba a ser destruido.

—Casi seguro. —Holt meneó la cabeza—. Esa mujer... Nunca pude imaginarme...

Minerva y Theynes salieron al exterior. Holt se dispuso a graduar la frecuencia de su radio.

—No hables ahora, Cleo. Si tienes algo que decirme, pega tu casco al mío. Te oiré por la vibración de las ondas sonoras.

—Está bien.

Segundos más tarde, Holt oyó la voz de Minerva:

—Parece que se retrasa un poco.

—Ya no puede tardar en llegar. Me parece que veo el fogonazo de sus cohetes de freno.

El suspiro de Minerva llegó claramente a oídos de la pareja.

—Lástima tener que abandonar un negocio que es tan bueno...

—Las cosas se ponían ya demasiado calientes. Ahora viviremos tranquilos.

—Eso espero. Pobre Blaise, aunque no me creas, le apreciaba.

—Ya no es más que un poco de ceniza, esparcida por el espacio —rió Theynes.

El cohete anunciado se acercaba cada vez más al asteroide. Seguidos por uno de los cultivadores de la hierba, Minerva y Theynes se acercaron a la valla.

El hombre hizo abrir la puerta.

Minerva fue la primera en salir, seguida de los dos hombres. A los pocos momentos, las patas del tren de aterrizaje se posaron sobre el suelo de Koestrus.

Unos minutos más tarde, se abrió la escotilla. Un hombre, vestido con su correspondiente traje de vacío, apareció a la vista de los observadores.

Minerva avanzó hacia él.

—Siento no poderle dar la mano, pero lo haré adentro —dijo, riendo—. ¿Qué tal el viaje, señor Van Ackhra?

Holt oyó aquel nombre y se quedó de piedra.

* * *

—No puedo quejarme, señora Lygman —contestó el recién llegado—, ¿Cómo está, Jack?

—Bien, señor. ¿Ha venido usted solo?

—Sí, era conveniente. Por cierto, durante el viaje he captado la noticia de la destrucción del satélite.

—Fue una lástima —rió Theynes.

—Necesario —puntualizó Van Ackhra—. Amigos, creo que el negocio se ha terminado.

—Podemos recolectar todavía varias toneladas de hierba —alegó Minerva.

—No sería conveniente. Ya hemos ganado bastante. Dejemos esto.

—Por algún tiempo, naturalmente —dijo Theynes.

Van Ackhra sonrió.

—De un modo definitivo —contestó.

—Bueno, si usted lo dice... —Minerva se encogió de hombros—. Pero sería una lástima dejar de cultivar. Además, yo lo necesito.

Las cejas de Van Ackhra se levantaron.

—Vamos, señora Lygman, no irá a decirme que usted también...

—Sí —confirmó Minerva impasible.

Holt sintió un estremecimiento. En aquel momento, recordó el brillo tan especial que había visto en los ojos de la mujer semanas atrás. Entonces, había dudado, pero ya no cabía pensar en un error de apreciación.

"¿Por qué, por qué?", pensó amargamente. A pesar de todo, aún sentía un gran afecto por Minerva. Ella podía regenerarse, después de una pena de prisión; incluso vivir una existencia dichosa y apacible..., pero aquello ya le estaba vedado.

Lo había dicho bien claro; necesitaba la droga. La adicción no empezaba sino hasta los seis meses de una forma irreversible. Antes, incluso uno mismo, a poca fuerza de voluntad que tuviera, podía curarse del terrible hábito; pero cuando se franqueaba la terrible línea, que sólo se podía atravesar una vez y en un único sentido, el individuo, hombre o mujer, estaba condenado.

De pronto, Holt sintió que le tocaban en el hombro.

—Quieta, Cleo —dijo, con el casco pegado al suyo, a fin de no usar la radio.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó ella, extrañada.

El golpecito se repitió. Cleo sintió uno análogo en el centro de la espalda.

Holt notó de pronto que la frente se le llenaba de sudor. Volvió la cabeza. Sus aprensiones se confirmaron. A dos pasos de distancia, había una pareja de sujetos, equipados con trajes de vacío y armados ambos con sendos fusiles de dos cañones, normales y fundentes ambos.

Cleo volvió también la cabeza. Divisó a los dos sujetos y estuvo a punto de desmayarse.

Holt y Cleo se pusieron en pie. Uno de los individuos quitó la pistola a Holt. El otro usó la radio:

—¡Eh, oigan, hemos atrapado a dos espías, hombre y mujer! Los llevamos en seguida.

—Está bien, Rubrick —dijo alguien—. Os aguardamos.

En el grupo formado por Van Ackhra, Minerva y Theynes hubo síntomas de inquietud.

—Creí que este lugar estaba bien protegido —rezongó van Ackhra.

—Nosotros llegamos ya ayer —contestó ella—. Suponíamos que el jefe de campo había tomado las precauciones necesarias.

—¿Quién es ese jefe?

—Prinnell.

—Está bien, yo hablaré luego con él. Ahora, vamos a ver quiénes son los espías.

Van Ackhra echó a andar hacia el conjunto de cúpulas. Momentos después, atravesaba la esclusa, en unión de sus dos acompañantes.

Los prisioneros estaban ya en la primera cúpula, despojados de sus escafandras. En el momento en que abandonaban su escondite, Holt había enviado una señal por radio, pero no dijo nada a nadie.

Minerva entró detrás de Van Ackhra y oyó a éste una sonora exclamación:

—¡Holt!

Minerva saltó lateralmente.

—¡Blaise! —exclamó a su vez.

—El maldito entrometido —rezongó Theynes.

—Hola —saludó Holt con gesto desenvuelto.

Minerva tenía los ojos fuera de las órbitas.

—Pero tú... Tu cohete se estrelló contra el satélite...

—El cohete de Lasky, bueno, el que ocupaba Lasky, con las quince o veinte toneladas de alto explosivo que había puesto a

bordo. En términos vulgares, le di el cambiazo.

—Es usted muy listo, capitán —intervino Van Ackhra—, pero ni usted ni esa encantadora chica que tiene al lado saldrán vivos de aquí.

—Convendría que no farolease demasiado, Rippus van Ackhra —contestó el joven fríamente.

—Cuidado —gritó Theynes—. Ese sujeto es capaz de habernos preparado una trampa.

—Ya no hay trampas que valgan; esto se va a acabar dentro de muy poco —dijo el Supremo Director de la Spol.

—¿Piensa matarnos, Rippus? —preguntó Holt.

—Usted, ¿qué cree?

—Ahora, porque veo, creo ..., creo cosas respecto a usted. Y también comprendo por qué se me forzó a dimitir. No fueron los devaneos de la bella y casquivana señora Van Ackhra los que tuvieron la culpa de mi dimisión, sino el "euphorxyl".

—Usted y mi esposa...

Holt le miró fríamente.

—Es una excelente mujer, un tanto alegre y desenvuelta, sin prejuicios, mil veces mejor que usted, a pesar de su... ligereza de cascos. Pero esto no es relevante ahora; lo que importa es discutir ciertos asuntos sobre la droga.

—Ya están discutidos —gruñó Theynes.

—Cállese —dijo Holt fríamente—. Minerva, eres ya una adicta al "euphorxyl".

Ella asintió tristemente.

—Como se suele decir, cogida en la propia trampa —contestó.

—¿Por qué lo hiciste?

—Digamos que para olvidar... por curiosidad en un principio. ¿Qué importa ya?

Holt miró compasivamente a la bella mujer que había estado a punto de convertirse en su esposa. Si vivía, un par de años más tarde, tendría el aspecto de haber cumplido ciento cincuenta o doscientos años.

Tal vez, se dijo, había querido disfrutar de la vida de un modo acelerado, conociendo las consecuencias, pero sin pensar

en ellas.

—Holt, ¿cómo se las arregló para el cambio de naves? —preguntó Van Ackhra.

—Mi videófono estaba intervenido. Lasky oyó todo lo referente a mis peticiones de un cohete. Entonces, decidió dar el golpe. Planeó mi muerte y, al mismo tiempo, la destrucción del satélite. El negocio se había acabado ya. O, por lo menos, había que suspenderlo durante un tiempo, para que las cosas se olvidaran. Pero Lasky olvidó que tengo buenos amigos entre el personal de tierra del astropuerto. El averiguó la matrícula de mi cohete y entonces manipuló en los mandos, además de abarrotarlo de explosivos. Lo que no sabía es que, después, yo cambié los números de la matrícula. Él cohete de Lasky y el mío eran idénticos. Lasky subió al mío.

Holt se volvió hacia Minerva.

—Había planeado tu muerte y la de todos los que estaban en el satélite —añadió.

—Pero él ha muerto.

—No hay duda.

—Hay cosas que llenan de alegría el corazón —rió Minerva nerviosamente.

—Lo celebro. También sé que no fuiste tú la que preparó la primera trampa contra mí en el satélite. Pero después...

Minerva bajó la vista.

—Ya era tarde para retroceder —murmuró.

—Para nosotros, no es tarde aún —rezongó Theynes.

—Minerva, ¿qué hay de los billetes falsos? —preguntó Holt.

—Eso era cuestión de Lasky, exclusivamente. Nosotros lo sabíamos, claro está, pero arriba, en el satélite, no le admitíamos el dinero falso. Nos habría arruinado si se hubiera descubierto que pagábamos a los ganadores con moneda ilegal.

—Pero creo recordar que una vez dejaste entender...

—A fin de cuentas, Lasky era de los nuestros y debíamos protegerle y ayudarle, en cierto modo. Por otra parte, esa chica había robado dinero de la caja fuerte de Lasky...

—Y existía el temor de que se hubiese enterado de cosas

nada convenientes para hacerlas públicas.

Minerva asintió.

—Queríamos saber qué había averiguado —contestó.

—Tupper fue asesinado. ¿Qué pasó? ¿"Sabía demasiado"?

—Fue orden de Lasky —gruñó Theynes.

—¿O de Rippus van Ackhra?

—Basta ya —cortó el aludido—. Esto se tiene que acabar cuanto antes.

—Sí, con una ejecución en masa, de modo que sólo uno quede vivo. ¡Usted! —acusó Holt.

CAPÍTULO XIV

Van Ackhra retrocedió un paso instintivamente.

—¿Qué está diciendo? —gritó—, ¡Se ha vuelto loco!

—A decir verdad, no me gustaría estar en el pellejo de toda esta gente. Uno se pregunta por qué el Supremo Director de la Spol tiene que hacer un viaje de cinco millones de kilómetros.

—He venido a dar consignas...

—Hasta ahora, lo ha hecho de muy distinto modo, seguramente, por alguna línea videofónica no interferible, pero, ¿por qué venir hasta aquí si no es impulsado por algún poderoso motivo? El negocio del "euphorxyl" se ha acabado, por lo menos, temporalmente. Bien, en tal caso, ¿por qué no dar la orden desde la Tierra?

—Es cierto —convino Theynes—. Para decirnos una cosa así, no era necesario un viaje tan largo.

—¡No le hagan caso! —gritó Van Ackhra descompuestamente—. Lo único que pretende es sembrar la confusión y la desconfianza entre nosotros.

—Lasky era carne y uña con usted —dijo Minerva—. Nosotros no éramos sino peones distinguidos. Después de lo que hizo Lasky, las palabras de Blaise empiezan a tomar sentido. ¿No lo crees así, Jack?

Theynes hizo un gesto de asentimiento.

—Creo que eso lo explica bastante bien —rezongó—. Es muy probable que él se enterase de que no habíamos muerto; tiene medios de sobra para saberlo. Y, por lo que he podido ver, ha llegado en un cohete policial, ultrarrápido, de los que no usan los demás. Ha viajado casi en la mitad de tiempo que cualquiera de nosotros y ese viaje sólo tenía un motivo.

—¡Es cierto! —aulló Van Ackhra, con los ojos fuera de las órbitas—. He venido a mataros a todos, ¡ahora mismo!

Sacó su pistola, pero el pie de Holt fue más rápido y golpeó la mano armada.

—¡Bravo, Blaise! —gritó Minerva, a la vez que se

apoderaba de la pistola del Supremo Director de la Spol—. Bueno, Jack, ¿qué te parece si le damos una dosis de su misma medicina?

Van Ackhra se puso de rodillas y juntó las manos.

—No, por favor... Lo dije en broma... Sólo quería divertirme un poco...

Theynes le pegó un brutal puntapié en la cara. Van Ackhra rodó por el suelo, lanzando un aullido.

—Dame la pistola, Minerva —pidió.

Cleo volvió la cabeza. No quería presenciar la ejecución de aquel sujeto, que gemía y pedía clemencia de un modo abyecto.

De pronto, Theynes pareció contenerse.

—No, no quiero matarle de un disparo —dijo—. Vamos a divertirnos un poco más. ¡Prinnell!

—¡Señor! —contestó uno de los hombres.

—Echa a ese tipo fuera de aquí.

—Sí, señor. ¡Vamos, muchachos!

Dos o tres hombres se arrojaron contra Van Ackhra, que gritaba desgarradoramente. Llevándolo en volandas, se acercaron a la esclusa. Holt contemplaba la escena fríamente.

De repente, se notó una ligera trepidación en el suelo.

Todos los que estaban allí se tambalearon. Los que llevaban a Van Ackhra en brazos, rodaron por el suelo.

—¿Qué pasa? —gritó Theynes.

—Es bien sencillo —dijo Holt sin perder la calma—. Un poderoso cohete acaba de chocar contra el asteroide, en el punto adecuado con el fin de arrancarlo de su órbita y situarlo en otra que concluirá en el Sol.

* * *

Al oír aquellas palabras, la consternación se apoderó de todos los presentes.

Uno o dos corrieron en busca de su traje de vacío.

—No tengan prisa, muchachos —sonrió Holt—. La colisión no se producirá hasta cerca de un año. Pero entonces habrá

desaparecido el único sitio del sistema solar en donde puede cultivarse el "euphorxyl".

—¡Eso que ha dicho no es cierto! —gritó Theynes.

—No tengo motivos para engañarle. ¿Por qué había de hacerlo?

—Buscaremos el cohete y lo desactivaremos...

—Lo veo difícil. Temo que no sabe usted bien lo que es un cohete cambiador de órbitas, como los que suelen usar los mineros del espacio, uno de los cuales, precisamente amigo mío, me ha prestado el que suele usar él en ocasiones. ¿No ha visto usted uno de esos aparatos, Jack?

—Blaise tiene razón —intervino Minerva—, El no habría hecho una cosa semejante, de no estar seguro de la imposibilidad de contrarrestarla.

—Celebro que pienses así —dijo Holt—, El cohete mide casi trescientos metros de largo por cincuenta metros de diámetro. Lleva un lastre considerable, a fin de aumentar la masa inercial. La cabina de mandos, que en esta ocasión funciona automáticamente, no representa ni la milésima parte del volumen del cohete. Todo lo demás, aparte del lastre, son motores y tanques de combustible. Ahora está empujando al asteroide; cuando los instrumentos, automáticamente, repito, indiquen que Koestrus ha adoptado ya la órbita adecuada, funcionarán los cohetes de retroceso y el cohete se separará, para ser recuperado, repostado y utilizado en la próxima ocasión.

—Esa ocasión no la verá usted —dijo Theynes, temblando de rabia.

—No, claro que no, puesto que no soy minero del espacio y no necesito llevar un asteroide con minerales interesantes a las proximidades de la Tierra.

De pronto, alguien lanzó un grito:

—¡Eh, nuestros cohetes están volcados!

Theynes lanzó una horrible imprecación. Volvió el arma hacia Holt, pero en el mismo instante, algo golpeó su pierna derecha, haciéndole perder el equilibrio.

Minerva había escapado en busca de su escafandra.

Theynes se vio de repente ante la pistola que había arrebatado a Van Ackhra y que había vuelto a poder de su dueño.

La pistola escupió un dardo de fuego. Theynes cayó instantáneamente, con el cerebro abrasado por la descarga.

Van Ackhra se puso en pie.

—Holt, y usted también, chica —ordenó—. ¡Salgan!

—¿Sin escafandra? —preguntó Cleo.

—Exacto. ¡Vamos, afuera!

Holt cambió una mirada con la chica. Ella, muy pálida, se dirigió sin titubear hacia la esclusa.

Prinnell y los demás no se atrevían a intervenir. Holt y Cleo pasaron a la esclusa.

La compuerta interior se cerró. Un segundo más tarde, se abrió la exterior.

Cleo sintió instantáneamente un frío horroroso. Pero ya había tragado las píldoras de oxitensión y la temible descompresión no se produjo.

Holt agarró su mano y la hizo correr. Dentro de las cúpulas, los que presenciaban la escena se quedaron estupefactos.

—¡Han tomado píldoras de oxitensión! —adivinó Van Ackhra.

La pareja seguía corriendo. De repente, Holt refrenó la marcha.

Era preciso atravesar la valla electrificada. Holt se agachó y desprendió de un tirón el tacón de la bota derecha.

Había en la parte que se unía a la bota una especie de saliente, que hizo girar rápidamente. Luego lanzó el tacón contra la valla.

Hubo una tremenda explosión. Surgieron unos chispazos azulados y vivísimos y la corriente quedó cortada.

Holt hizo señales con la mano a la muchacha.

—¡Corre, corre!

Cleo obedeció, sin saber por qué Holt se quedaba rezagado. En el interior de las cúpulas reinaba una gran confusión.

—Tenemos que largarnos —dijo Runnick.

—¡Quietos! —gritó Van Ackhra—. Todavía podemos..

Alguien disparó contra él. Fue una bala corriente, que le

hizo retorcerse de dolor, aunque no perdió el sentido.

A su vez, disparó y derribó a uno de los cultivadores. El mismo que había disparado antes, hizo fuego de nuevo.

El brazo de Van Ackhra se agitó convulsivamente. Su mano apuntó a lo alto, en el momento en que un movimiento reflejo, le hacía apretar el gatillo.

La descarga perforó la cúpula. El aire empezó a escaparse por el orificio.

—¡Las escafandras! —chilló Prinnell.

En el suelo, Van Ackhra gemía pidiendo socorro. Nadie le hizo el menor caso.

En el interior de las cúpulas reinaba un espantoso desbarajuste. Los cultivadores pretendían escapar y se peleaban ferozmente por las escafandras. Sonaron algunos disparos.

Más agujeros se produjeron en las cúpulas. Una de ellas recibió varios impactos seguidos y el material se resquebrajó.

Súbitamente, la presión interna actuó. La cúpula se abrió.

El aire escapó en pocos segundos. Todavía, sin embargo, había algo de oxígeno en el exterior. Pero era poco para satisfacer las necesidades vitales de los hombres.

En pocos minutos, el lugar se convirtió en un cementerio. A unos sesenta o setenta metros, Holt, que había contemplado la escena, contuvo el gesto de lanzamiento del segundo tacón explosivo.

Cleo le veía todo a doscientos metros de distancia,, en un pequeño altozano. Holt se volvió y le hizo señas con el brazo.

La chica corrió hacia él. De repente, se elevó en el espacio.

Chilló agudamente. Había olvidado las instrucciones de Holt y el impulso que había tomado al saltar resultó demasiado fuerte.

Holt saltó hacia arriba, con los brazos extendidos. Agarró los tobillos de Cleo y contuvo en parte su movimiento de ascenso. Pero ambos seguían subiendo, aunque con mayor lentitud.

Cleo se sentía horrorizada. Holt comprendió que sólo le quedaba una solución.

Llevaba puesto el traje de vacío, aunque sin escafandra.

Bajó de golpe el cierre relámpago, metió la mano y sacó una segunda pistola que había llevado consigo a prevención.

Colocó el dispositivo de disparo en cartuchos de bala. Luego hizo fuego hacia arriba.

El simple retroceso del arma fue suficiente para que, por la reacción lógica, iniciaron el descenso. Este, sin embargo, resultó muy lento.

Cuando tocaron el suelo, sentían ya los primeros síntomas de asfixia, aparte de la baja temperatura. Holt agarró la mano de Cleo y tiró de ella.

Segundos más tarde, recuperaban sus escafandras. Holt hizo las conexiones al traje de Cleo en primer lugar. Dio el oxígeno y conectó la calefacción.

La chica empezó a revivir. Momentos después, Holt se sentía considerablemente mejor.

Conectó la radio.

—Es hora de que nos marchemos —dijo.

Cleo asintió. Luego lanzó una mirada hacia el terrible espectáculo que había en las inmediaciones. Los cuerpos retorcidos en horribles posturas, indicaban el espantoso fin que habían tenido los cultivadores de "euphorxyl".

Una cosa sorprendió a Holt: el cadáver de Minerva no figuraba entre los que yacían en el suelo.

Pero ya no quería permanecer más tiempo en el asteroide maldito.

—Vámonos —dijo.

Ella le siguió mansamente. Holt se dirigió rectamente hacia el primer campo de "euphorxyl", situado a unos cien pasos.

Al llegar a sus inmediaciones, sacó el tacón explosivo. En aquel lugar, la hierba, de color rojo brillante, alcanzaba una altura de cincuenta centímetros.

En el campo contiguo, se había iniciado la recolección, que se efectuaba cuando la hierba alcanzaba de metro y medio a dos de altura. El tercer campo tenía la hierba que no llegaba al metro.

Holt lanzó el explosivo. Un segundo más tarde, brilló un terrible fogonazo.

La hierba se inflamó instantáneamente. El incendio se propagó con increíble rapidez, como si se hubiese pegado fuego a un reguero de pólvora.

Súbitamente, oyeron unos alaridos aterradores.

—¡Blaise! ¿Quién está ahí? —se estremeció Cleo.

Holt sintió un escalofrío. Bruscamente, una figura surgió del segundo campo, en el que las llamas alcanzaban decenas de metros de altura.

—¡Es Minerva! —adivinó Holt.

Las llamas envolvían por completo a la desgraciada Su traje de vacío era muy resistente, pero, de repente, se convirtió en una antorcha. Minerva dio todavía unos cuantos pasos. Luego cayó de bruces, en medio de la llanura de fuego.

El incendio se extinguió a los pocos momentos. Volvió la penumbra.

El color rojo había sido sustituido por el negro. Holt se dijo que ya se había acabado el cultivo de la planta infernal.

* * *

—Todavía quedan algunas existencias en la Tierra, pero se acabarán pronto —dijo, una vez en el cohete, ya en el vuelo de regreso.

—Los adictos al "euphorxyl"...

—Morirán, no tienen salvación —contestó él lúgubremente.

—Pero también habrá más muertes.

Holt hizo un gesto negativo.

—La plaga ha concluido —dijo.

Hubo un momento de silencio. Desde el cohete, la silueta de Koestrus, el asteroide maldito, se empequeñecía rápidamente.

—Blaise, ¿qué hacía Minerva en los campos de "euphorxyl"? —preguntó la chica al cabo de un rato.

—Es fácil imaginárselo. Ya no podía combatir el hábito de la droga. Pero sabiendo que todo ello se acababa, incluso su vida, quería disponer de la suficiente cantidad de "euphorxyl", como para no carecer de la hierba mientras viviese.

—Quizá haya sido mejor así; ha sido una muerte horrible, pero, en cierto modo, rápida. Pero nosotros no la vimos...

—Minerva sabía que sólo la hierba alta es la buena, es decir, la que ha alcanzado ya la granazón. Por ello estaba en aquel campo, en el cual, además, podía esconderse. Nunca pudo imaginarse que yo quemaría la hierba.

—¿Por qué? Koestrus acabará en el Sol...

—Sí, pero tardará casi un año. Es más que suficiente para que otros sintieran la tentación de viajar en busca de "euphorxyl".

—Comprendo. —Cleo tomó la mano del hombre—. Blaise, no lo sientas. Trata de olvidar. Me imagino que todavía conservabas algunos sentimientos hacia ella y que no querías que muriese de un modo tan horrible..., pero tú no lo sabías. No se te puede culpar.

Holt hizo un esfuerzo por sonreír.

—Cleo, es hora de empezar a olvidar —dijo.

—Sí, querido.

Pasado un rato, se sintieron más animados. Entonces, Cleo dijo que debían hablar de sus propios problemas.

—¿Qué problemas? —preguntó él.

—Bueno, los que se nos van a presentar... ¿O es que no me vas a pedir que me case contigo?

—Ah, necesitas ese trámite...

—No seas burócrata —le apostrofó Cleo—. Me parece que pedir la mano de una señorita no es un trámite oficinesco precisamente.

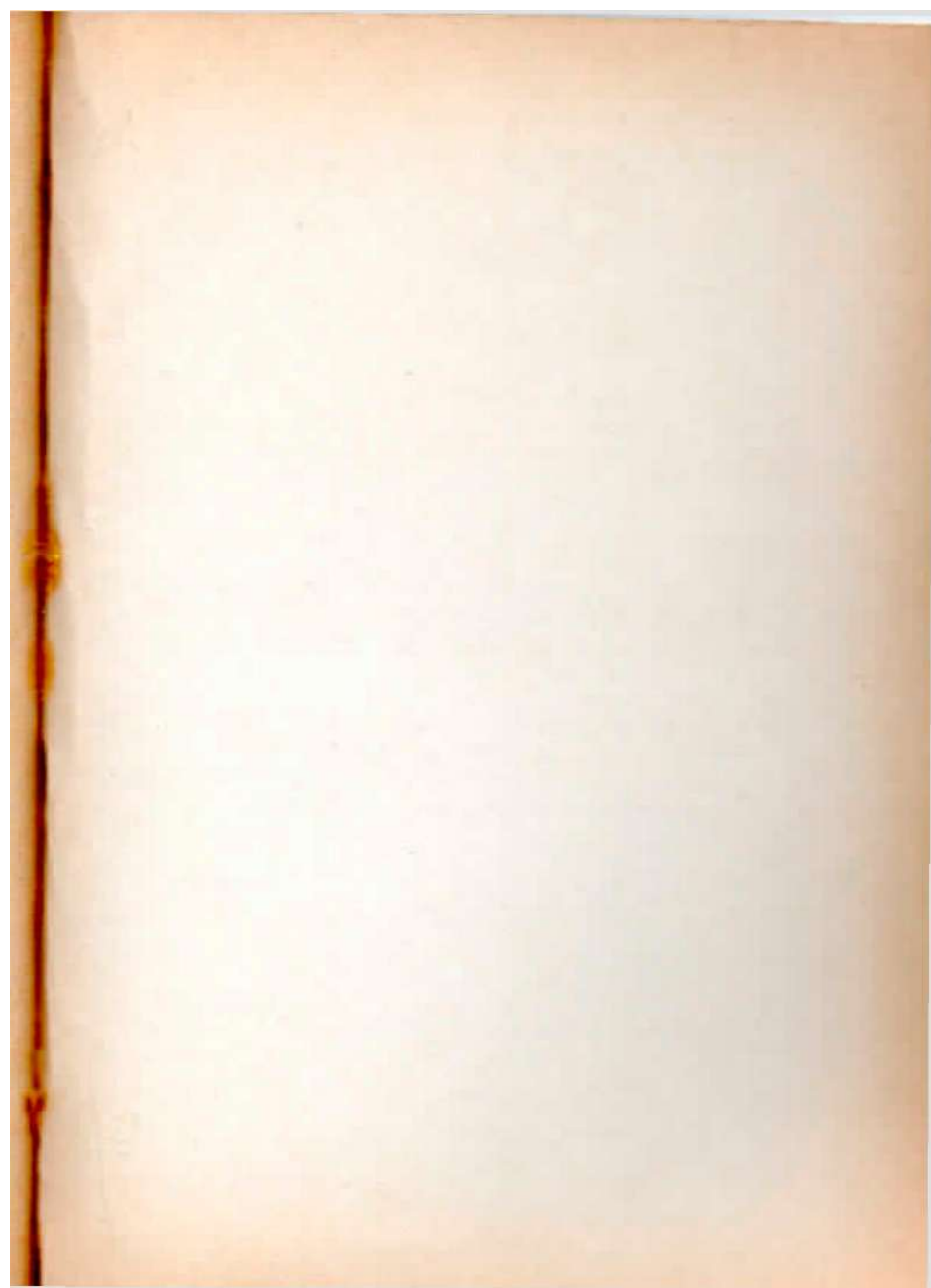
—Bueno, bueno, como quieras, no me gustan las discusiones. Te pediré que te cases conmigo, te daré un beso cuando hayas contestado "sí", y luego me pondré especialmente contento.

—¿Por qué, Blaise?

—¡Caramba, un doctor contable en la familia! ¡Las cuentas de la casa saldrán estupendamente!

Ella se echó a reír. Luego abrazó a su futuro esposo. Sentíase dichosa y confiada en el porvenir.

FIN



* • *